FRAY MOCHO

Número 594 11 de septiembre de 1923



En vísperas de campeonato mundial de box.—Luis Angel Firpo, que dentro de tres días disputará el cetro a Jack Demp[illegible].—Fotografía obtenida durante uno de sus paseos matinales, que efectuara en Estados Unidos, como parte del programa de entrenamiento a que se halla sometido

FOTOGRAFÍA ARTÍSTICA



"Calma en el puerto de Rosario".

Fot. Cornet y Aranda.

FRAY MOCHO

Año XII — Buenos Aires, 11 de septiembre de 1923 — Núm. 594

NICOLETA, por Matilde SERAO

Al abrir mi libreta de apuntes,—que se parece mucho a una columna de Cheops o de un Sesostris, egipcios, tan llena está de jeroglíficos cuya clave nadie poseerá jamás—encuentro escrito el nombre de Nicoleta, dos fechas, un punto de admiración, un corazón bastante mal dibujado y tres o cuatro palabras sin sentido. Tengo que hacer un esfuerzo por comprender ese jeroglífico, que pertenece a mis viejas impresiones napolitanas, las de mi primera juventud; luego recapacito y se me renueva en la memoria la historia de Nicoleta.

Historia que está muy lejos de ser una novela, un drama, una comedia o una farsa: es la simple historia de un destino obscuro. Nicoleta, cuando niña, no tuvo ésas precocidades misteriosas de nuestros niños enfermizos; tuvo, sí, un apetito constante y constantemente insaciado, porque la jornada de trabajo de su madre, operaria en la fábrica de tabacos, bastaba apenas para comprar el pan y algo que lo acompañara, para los cuatro hijos y la madre. Padre no tenía. Que hubiera muerto, que estuviese en la cárcel, que jamás hubiese existido como padre legal, es cosa que no importa. Lo cierto es que la madre vivía nueve horas del día en aquel aire apestado de tabaco, con cara muy pálida y estómago afligido de náuseas, para dar de comer a las cuatro criaturas. Nicoleta no recordaba otras sensaciones infantiles que las de un gran apetito. Era una niña morenita, de pómulos descarnados, boca ancha, bellos ojos napolitanos de color leonado y dientes feos, orlados de negro.

Cuando a fuerza de días, de semanas y de meses pasados en la fábrica, la hija mayor tuvo nueve años, la madre se la llevó a la fábrica, para enseñarle un oficio y para que ganara algunos centavos; Nicoleta, la segunda, fué colocada con una modista para que aprendiera a coser. Pero, como es costumbre, para aprender a coser, comenzó por hacer de sirvienta; y barría la casa de la modista, encendía el fuego, cuidaba la olla, bajaba a comprar la sal, la pimienta, el vino, la fruta; volvía a bajar para comprar hilo, algodón, botones, cintas, y bajaba por décima quinta vez para comprar la merienda de las aprendizas. Después de haber subido veinte veces en el día hasta el tercer piso, siempre era preciso volver a salir para comprar algo. Además tenía que acunar al hijito de la modista, planchar, y dos o tres veces al día salir acompañando a alguna de las operarias, cargada con la gran caja que contenía vestidos, para ir a entregar esos vestidos. Las distancias eran largas y la caja pesaba mucho, por más que Nicoleta trataba de aliviarse, haciéndola pasar de un brazo a otro.

En casa de las señoras la oficiala entraba, erguida y familiar, recibida con una sonrisa, y Nicoleta se quedaba en el vestíbulo, de pie, vigilada por las miradas desconfiadas de la mucama, para quien una muchacha así mal vestida era capaz de robar algo. Por fin, después de una hora de espera, con las piernas doloridas, con la cara atontada por el cansancio, Nicoleta veía reaparecer a la oficiala, acompañada por las últimas recomendaciones de la señora. Nicoleta cargaba de nuevo la caja y partía. Si el vestido agradaba, la señora regalaba a la oficiala una lira "también para la muchacha". Si la oficiala era de buenos sentimientos, daba una monedita a Nicoleta; y, si no, nada. Con su monedita de cinco céntimos, Nicoleta compraba tres céntimos de pan y dos de cerezas, o de peras picadas, o recortes de salame rancio. Los vendedores conocen a esas chiquillas que contemplan los artículos con ojos hambrientos y de asombro infantil y que compran dos céntimos de cualquier cosa y se retiran rápidamente, comenzando a comer desde el umbral. La jornada de Nicoleta duraba hasta las nueve de la noche, hora en que, cojeando y con las piernas que se le doblaban, regresaba a su casa. Allí encontraba, a veces, un plato de porotos fríos o recocidos, pero era eso para ella, un día de fiesta. Generalmente sólo encontraba un pedazo de pan duro, empapado en agua de fideos, agua que una vecina menos pobre, que había comido los fideos, daba a la madre de Nicoleta. Algunas veces había una espiga de maíz hervida o tres céntimos de pimientos fritos. Y a veces solamente el pedazo de pan duro.

—Mamá: ¿no hay nada?—preguntaba en voz baja Nicoleta.

—No, hija mía; hoy no hay nada. Ten paciencia; mañana procuraré que tengas algo bueno para comer.

Esa historia de aprender a coser sirviendo de criada a la modista duró cinco o seis años.

En vano la madre de Nicoleta rogaba a la modista que pusiera de una vez la aguja en manos de su hija: la modista prometía hacerlo y no lo cumplía. Si cambiaba de casa era siempre la misma cosa. Por fin, cuando Nicoleta tuvo catorce años y era una chicuela flaca, alta, de hombros salientes, cintura cuadrada y manos enrojecidas, como sólo había aprendido a hacer de sirvienta, tomó una gran decisión y se colocó de criada en casa de un modesto empleado. Eran gente mezquina y la dueña de casa cocinaba y planchaba. Nicoleta lavaba los pisos, sacaba el agua del pozo, un pozo de cuarenta metros de profundidad, tendía las camas, lavaba los platos, iba a hacer las compras, realizaba, en fin, todos los trabajos pesados de una casa y regresaba a su casa siempre tarde y tan rendida de cansancio que ni siquiera tenía ganas de probar el bocado que su madre le tenía preparado. La hermana mayor se había casado, con un hombre tan pobre como ella, un albañil; se habían juntado, como se dice, la pobreza con la miseria. Una boca de menos en la casa. El hermano Genaro, se había colocado con un vidriero: le llevaba el cajón de los vidrios, a cambio de un plato al mediodía y un rincón donde dormir por la noche. No obstante estas dos bocas menos que mantener, no se prosperaba y la vida era siempre dura.

Aquellas diez liras no alcanzaban para nada: continuamente se necesitaba botines, o una camisa, o una pollera, o un delantal porque en las faenas de criada la ropa se gasta muy pronto. La patrona comenzó a demostrar celos de su marido y Nicoleta y tanto mortificó a la criada, que ésta se vió obligada a dejar la casa.

Nicoleta se quedó un mes sin trabajo. Vendió dos camisas, una enagua, un pañuelo de cuello, sufriendo frío, con ropa de verano en pleno invierno. Por fin logró colocarse de nuevo como criada de una señora sola que, no obstante siempre tenía compañía equívoca. Nicoleta veía y oía cosas horribles. La juventud naciente era vencida por la apatía del trabajo continuo que abate. Se le murió la madre; el último hermano, entró en mal camino y fué detenido como ratero. Nicoleta se mesó los cabellos y lloró mucho. Pero no pudo hacerse ropa de luto y se puso sólo un pañuelo negro al cuello. La señora sola le daba quince liras por mes, pero ahora debía ella pagar el alquiler y, poco a poco, la deuda por el entierro de su madre. Iba a trabajar sin haber comido más que diez céntimos de pan, pero la juventud la ayudaba. Salió de aquella casa para colocarse en otras; su salario variaba entre diez y quince liras por mes. Las criadas que sólo saben hacer trabajos pesados, no suelen ganar más. Juan, un

UN CASO DE ESFUERZO PROFESIONAL



—¿Lo salvará usted, doctor?
—¡Qué pregunta, señora! ¿Usted cree que voy a dejar que se me vaya un enfermo que paga cincuenta pesos por visita?

"Un poco de poesía"

Historia del afecto ingenuo y ferviente de un buen amigo por un poeta muerto, afecto que se conserva puro cayendo de desilusión en desilusión, el relato de Marino Moretti que publicará "Fray Mocho" en su próximo número, es ciertamente una de las páginas más delicadas y emocionantes de la actual literatura italiana.

cochero, se enamoró de ella, y ella de él. Dejó de servir y fuese a vivir con Juan. Creía que no volvería a trabajar de criada, pero al cabo de una semana tuvo que volver a colocarse.

Juan era borracho y jugador. Todo lo que ganaba se lo bebía o lo jugaba. Para pagar el alquiler, Nicoleta trabajó de nuevo de sirvienta. Encinta de ocho meses, seguía trabajando. Tres días después de haber estado en cama volvió al trabajo con un niño en brazos. Pero no le permitieron que lo tuviera consigo, ni aun en un rincón de la cocina, y ella lo dejaba en casa; de vez en cuando corría sofocada a su casa, alzaba al niño de la cuna, le daba de mamar y regresaba corriendo. Así tuvo tres hijos. Su marido la apaleaba todos los sábados, después de la jugada de la lotería. Ella se defendía, pero él era mucho más fuerte, y Nicoleta volvía a su casa, después de una jornada de trabajo, deprimida y atontada. El primer hijo, un niño hermoso, rubio, se afiebró de pronto y murió en pocas horas. Mientras lavaba los platos, las lágrimas de Nicoleta caían en el lebrillo de agua caliente. Los otros dos hijos crecieron, más o menos sanos, y uno entró como peoncito en una cochería, para lavar los coches; el otro, aprendía el oficio de zapatero. Pero no ganaban nada; comían como había comido Nicoleta cuando era niña: demasiado poco para su hambre. Dormían con ella y el padre, en la misma cama, del lado de los pies. Lo que no les faltaba nunca eran bofetadas y puntapiés. Naturalmente, Nicoleta recibía la mayor parte, pues se interponía entre el padre enfurecido y los hijos que gritaban.

Un invierno frío, le tomó una tos violenta que le duró dos meses. Nicoleta tenía entonces cuarenta años. Los hijos ganaban algo; vivían muy mal, pero por lo menos seguían viviendo.

El marido jugaba, bebía y era el peor cochero de Nápoles. A Nicoleta se le declaró la pulmonía, en febrero. Murió en el Hospital de Incurables, después de cuatro días de delirio.

Los diez mandamientos de la belleza

Pola Negri, la famosa artista a quien un compromiso de matrimonio con Charlie Chaplin le ha dado su mayor popularidad, escribe crónicas de belleza, como las escribe toda artista que se ha hecho famosa. Ella tiene diez mandamientos para la belleza y vale la pena reproducirlos porque, a diferencia de muchos otros de la misma índole, tienen el mérito de haber sido escritos con sentido común. Hélos aquí:

1.—Usted debe dormir lo suficiente. No hay ninguna regla precisa en cuanto el número de horas que es necesario dormir. La antigua regla que prescribe seis horas para el hombre, siete para la mujer y ocho para el niño es sólo exacta en lo que se refiere a exigir más sueño para los niños que para los adultos. Lo esencial es que toda mujer duerma durante tanto tiempo como lo exige su naturaleza.

2.—No debe comer en exceso. Pocas son las personas que no comen más de lo necesario. Y lo peor es que no sólo comen mucho, sino que comen lo más nocivo. Poca carne, ensaladas a lo menos dos veces al día, bastantes legumbres y frutas crudas, deben ser el menú diario de toda mujer que quiera conservarse bella, y luego esto, muy importante: levántese siempre de la mesa con un poco de hambre. Coma pocos dulces.

3.—Goce de abundante aire fresco. El aire fresco es más importante aún en la noche que en el día. Trate usted de dormir con sus ventanas abiertas. Trate de pasar a lo menos dos o tres horas al día al aire libre.

4.—Haga a lo menos veinte minutos de ejercicio al día. El ejercicio, para que sea benéfico debe ser sistemático. Es preferible hacer esto al aire libre, pero de no ser esto posible, hágase en su dormitorio con las ventanas abiertas.

5.—Tome un baño de agua fría cada mañana. Para los efectos de la limpieza del cuerpo, está bien un baño de agua tibia al acostarse; pero un baño de agua tan fría como usted pueda soportarla cada mañana es rejuvenecedor.

6.—Lávese el cabello una vez por semana. Haga un buen masaje a su cabeza, cuidando de no destruir el aceite natural del cabello.

7.—Hágase un masaje facial cada noche. Las erupciones del cutis, que no tienen por causa desórdenes de la digestión, hay que atribuirlas a falta de limpieza y masaje en la cara. El simple lavado no es suficiente.

8.—Lávese los ojos con agua tibia al acostarse. Al decir los ojos, me refiero también a las pestañas, a las cejas y a la piel que las rodea.

9.—Beba a lo menos seis vasos de agua pura al día. Así como la mayor parte de la gente come en exceso, la mayor parte también bebe poca agua. Un vaso de agua caliente antes del desayuno, es la mejor manera de principiar el día.

10.—No tenga preocupaciones. Ocurra lo que ocurra, no se deje dominar por serias preocupaciones que embarguen su espíritu. Nada envejece más que esto.

Estos son los diez mandamientos de Pola Negri. Son sanos, lógicos, llenos de sentido común. Sirven para conservar la belleza; pero no para crearla.

Para crearla sólo hay uno: Nazca usted bella.

EL BALCÓN DE LA VEJEZ

Para "Fray Mocho".

I

Cuando miro la Vida desde el triste balcón
de mi vejez, mi vida teme una honda emoción!...

La alegría que veo retozar en las cosas,
que es una catarata de risas milagrosas,

de risas como flores y como manantiales,
de risas como espejos y como madrigales,

me hace un daño tan grande, tan ciego, tan profundo
que llego a sentir miedo de vivir en el mundo!...

Perdido para siempre lo siempre venerado,
lo siempre apetecido para siempre vedado;

sin fe y sin esperanza de volver a gozar
y sintiendo la amarga nostalgia de llorar,

se me crispan los puños presa de un loco celo
y mis labios escupen maldiciones al cielo!...

¡Oh, qué miedo que tengo de asomarme al balcón
de mi vejez!... ¡Mi vida pende de una emoción!...

II

El largo camino
de mi desencanto,
tiene dos hileras
de sombríos álamos...

El largo camino
de mi desencanto
es árido y triste;
no tiene ni un alto...

El largo camino
de mi desencanto,
según dicen tiene
el fin muy lejano...

¡Y yo tengo miedo
de seguir salvando,
el largo camino
de mi desencanto!...

José M. Braña

Edison y los relojes

En cierta ocasión, una dama distinguida hizo una visita a Edison, el "Brujo de Menlo Park", y le pidió un lema para su hijo. El gran inventor tomó una tira de papel y escribió éste:

"No os fijéis jamás en el reloj."

El lema indica que en las grandes obras de la vida no hay que ceñirse a determinadas horas de trabajo, sino laborar intensamente hasta lograr el resultado que se busca. Son bien conocidas las anécdotas referentes al hábito de concentración que siempre ha caracterizado a Edison. Muy a menudo ha estado tan absorto en sus ocupaciones, que se ha olvidado de comer y de dormir. No es de extrañar, pues, que los relojes no le sirvan para nada.

Se dice que al aproximarse la Noche Buena, el personal de empleados y operarios de su gran laboratorio hace una colecta de dinero y le obsequia al preclaro jefe un flamante reloj, haciendo gala de cierta forma ceremoniosa. Edison agradece el regalo, pronuncia un discurso sobre la hipótesis nebular y en final de cuentas todos quedan muy contentos.

En el edificio de bibliotecas es donde se hallan todos los relojes de pared con que cuenta el notable laboratorio; pero todos ellos están inutilizados. Uno tiene una tarjeta que dice: "Inútil ver este reloj, porque está parado". Otro tiene esta leyenda: "Podéis mirar a este reloj, puesto que no podréis pararlo", y es que ya está bien parado. Hay otro reloj muy fino que tiene un trozo de madera en vez de maquinaria, aunque la carátula y las manecillas de oro están completas. Uno de los relojes empero, funciona perfectamente, y se oye su alegre tic-tac con una asiduidad digna de mejor causa, por cuanto carece de manecillas. Parece decir: "Yo sigo trabajando como siempre, pero pertenezco a la misma escuela que mi ilustre dueño; por tanto no tomo en cuenta el tiempo ni sé qué hora es".

Los relojes, pues, no han tenido parte en los grandes inventos de Edison, ya que él ha desechado su colaboración, a pesar de que el reloj es también un admirable invento del hombre. Al genial inventor le tiene sin cuidado el que los relojes anden con atraso o adelanto, o que las gentes se rijan por el tiempo astronómico o por cualquiera otro. Edison no trata de estorbar la marcha inexorable del Tiempo y sólo exige que éste le dispense igual galantería, permitiéndole que prosiga su trabajo sin interrupciones, pues labora por el bien de la humanidad.

ESE FULANO...

por Mauricio LEVEL

El señor Bossin se sentó en un sillón, sopló sobre los cristales de los anteojos, sacó una carta del bolsillo, la desplegó y dijo:

—Escucha:

"Mi estimado señor Bossin: Tengo el gusto de participarle una noticia que estoy seguro le regocijará. A fines de este mes contraigo matrimonio con una joven encantadora, la señorita Irene Coquelet. Sabiendo cuánto se interesa usted por las cosas que me atañen, no he querido que una banal participación le enterara del feliz acontecimiento. Como usted ve, no han sido vanos sus excelentes consejos, y el impenitente celibatario ha seguido el camino que usted le señaló. Sólo lamento que la familia de mi futura resida en el Mediodía, por lo cual no me atrevo a invitarle a recorrer un millar de kilómetros para asistir a la ceremonia... Le ruego que presente mis respetos a su señora, y que me tenga..., etcétera.—Manuel Gavard."

—Punto, y nada más. Saborea la delicadeza de las últimas frases: "... no me atrevo a invitarle..." Como quien dice: "no le invito". Hubiera podido decir: "Si el viaje no ha de molestarle", o "si a su señora no le espanta ese traslado..."; en fin, otra fórmula, con la que tampoco quedaba obligado, pues ya sabe que mis negocios me retienen en París; pero, no; corta por lo sano.

En cuanto a los dos mil francos que me debe, ni una palabra. Y ya sabes sus protestas cuando me los pidió, y sus promesas cuando se los presté: "¡No lo olvidaré nunca! ¡Es usted mi mejor, mi único amigo! Se los devolveré..." He aquí sus palabras, y he aquí sus obras. ¿No hay para que se arrepienta uno de hacer el bien?

—Ciertamente—murmuró la señora Bossin,—hubiera podido hacer alguna alusión.,'

—No es que no me pague la que me indigna—protestó el señor Bossin,—sino su proceder.

—Me parece que te avienes muy fácilmente tanto a las ganancias como a las pérdidas. Según lo he podido observar, ese señor no irá a casarse sin distribuir regalos, y de los mejores. Estoy cierta de que la sortija le habrá costado siete u ocho mil francos.

—Es evidente.

—En tu lugar, yo le reclamaría la deuda sin rodeos.

—¿Reclamar? ¿Reclamar? ¡No es poco difícil! Ya sabes cómo es la gente: o me enviará el dinero con una palabra desdeñosa, como si hubiese olvidado una deuda tan ínfima, y para vengarse propalará el rumor de que estoy a las últimas, o no se dignará contestarme...

—En el primer caso, con el dinero en tu bolsillo, déjalo decir; y en el segundo, con que le envíes papel timbrado...

—¿Con qué título? No poseo recibo ni documento alguno. El préstamo se hizo de mano a mano, y si quiere negarlo, nada se lo impide.

—¡Oh, negarlo!, ¡negarlo! No se niega así como así.

—De un cínico de este temple hay que esperarlo todo. Hubiera preferido, por paradójico que ello parezca, que no me hubiese escrito, y enterarme de la boda por las periódicos. De este modo, la retirada era clara; pero ese término medio pérfido, disimulado y hábil, pues lo es mucho! Lo ha pesado y lo ha previsto todo; hasta se ha hecho mi razonamiento, puedes estar segura...

—¿Y ahora, pues?

—Voy a contestarle con una tarjeta que diga: "Sinceras felicitaciones", y se habrá acabado. Por supuesto, que no volverá a poner los pies aquí. Dos mil francos para edificar con mi ejemplo a ese señor: no es demasiado caro. Él queda juzgado y catalogado: un granuja.

Aquella misma noche, en una reunión donde se comentaba la noticia, el señor Bossin emitió sobre los esposos unas opiniones llenas de reticencias, mientras su mujer se asombraba de que hubiese ido a buscar novia tan lejos.

Al salir, el señor Bossin se frotó las manos:

—Tú no has dicho nada, yo tampoco, y, a pesar de ello, tengo la sensación de que nuestra reserva ha sido interpretada como convenía, lo que está muy bien. ¡Es muy cómodo eso de echárselas de guapo a costa de los demás!

No obstante, hasta el fin de mes conservó el señor Bossin la vaga esperanza de reembolsarse su dinero, esperanza que se desvaneció el día que leyó en los ecos de sociedad:

"Ayer se celebró en Grasse la boda del señor Manuel Gavard con la señorita Irene Coquelet."

—¡Pillo!—exclamó tirando el periódico sobre la mesa.

—Parece que van a Italia,—insinuó la señora Bossin.

—¡Puedes pensar!—gruñó su marido.—¡Pueden hacerlo!

Los dos mil francos le parecían una fortuna; su cólera los decuplicaba. Lamentaba no haber expresado una opinión más categórica acerca de Gavard, y siguiendo con el pensamiento el viaje de los esposos, el furor le ahogaba:

—¡Venecia! ¡El Lido! ¡Las góndolas! Y nosotros, ¿fuimos a Venecia? ¿Hemos paseado por la laguna? ¡Ah, qué bestias, qué bestias!

De noche, y durmiendo, profería injurias, y cuando su mujer le sacudía, refunfuñaba, mientras se volvía a la otra parte:

—¡Soñaba en Gavard!

Una mañana recibió un sobre sellado en Nápoles.

—¡Será una carta de ese ¡ illo!

Lo desgarró con rabia, y, de pronto, quedó estupefacto.

—¡Oye esto! "Mi querido señor Bossin: Perdone usted que le pague un poco tarde. No había olvidado mi pequeña deuda; pero con el trajín de los preparativos, de la marcha..."

Un cheque de dos mil francos acompañaba la carta.

Quedó atontado, con el papel en la mano, el ceño fruncido.

—¿Por qué pones esta cara?—gritó la mujer. —Te paga, ¿y por esto te vas a poner así?

—Lo que me molesta es que anoche hablé de él en casa de los Rouffiat en unos términos...

—¿Y qué? Supongo que un cheque miserable no hará modificar tu opinión.

—Mira, mira... En el fondo, no tenía más que esto contra él...

—¿Quieres mi opinión?—dijo su esposa.—Pues bien. Ahora es cuando me parece indecente. No devolver dos mil francos que se deben puede no ser elegante; pero no es un crimen. Pero reembolsar de esa manera con la dote de su mujer... Porque esto es lo que ha ocurrido. Antes no se atrevió a decírselo; luego, ha fingido una firma, o, simplemente, se lo ha dicho todo...

—¿Tú crees?

—Estoy segura.

Los señores Santon y Trillat demostraron ante la Academia de Ciencias de París que el mal olor debido a la putrefacción de las substancias animales o vegetales es nocivo a la higiene por cuanto que favorece el desarrollo de los microbios patógenos. Para probarlo hicieron un experimento muy sencillo: embadurnaron unas tiras de papel con cultivos de bacilos de la peste, de la difteria y de la fiebre tifoidea, y las expusieron al aire en frascos limpios e inodoros, unos y otros mal olientes, que contenían en el fondo materia animal en putrefacción. De esta suerte unos microbios quedaron expuestos a una atmósfera normal y otros a una atmósfera viciada. Al cabo de veinticuatro horas las tiras de papel expuestas al aire viciado contenían más microbios que las otras, porque el ambiente corrompido conserva la vida de los microbios, y al ser favorable para su salud es desfavorable para la nuestra.



Sección vermouth



IMITACIÓN

—Aquí le traigo su bastón—exclamó el cliente con encapotada faz.—¿No me dijo usted que tenía la empuñadura de marfil? ¡Qué marfil ni qué diablos! ¡Es una imitación!

Pero el vendedor no se desconcertó:

—Señor: es marfil garantido de colmillo de elefante... a no ser que el elefante tuviera colmillos postizos.

DIABLO, EL CHICO

—Ya sabes, nené. Mucho cuidado: en la escuela, no permitas que ningún otro chico tome agua en tu jarrito. Es peligroso.

Al regreso, la mamá le pregunta:

—¿Te acordaste de lo que te recomendé?

—Sí, mamá — responde el nene, y añade con picardía:—al contrario: fuí yo quien tomó en el jarrito de otro.

¡QUÉ ALIVIO!

Al entrar esa mañana en el estudio, el amigo encontró al artista pintor incomprendido con una expresión de contento. Y lo primero que se le ocurrió fué preguntarle:

—¿Qué? ¿Vendiste algún cuadro?

—No—repuso el otro regocijado,—pero ¡me robaron uno!

UN CAMBIO

A pesar de la prohibición paterna, el niño subió a la higuera. Y el niño se cayó de la higuera. Y se hizo un soberano chichón.

Entonces el papá, con ceñuda y severísima expresión, dijo:

—¿Has visto lo que ha pasado por subirte a la higuera? ¡Te lo había dicho! Así no se puede seguir. Hay que cambiar. ¡Hay que cambiar!

—Sí, papá; hay que cambiar la higuera por otra que tenga las ramas más bajas.

UN CHICO SABIHONDO

—¿Sabrías decirme cómo se subdividen los animales?

El alumno contesta prontamente:

—Sí, señor. Generalmente los animales se subdividen en vertebrados e invertebrados. Además hay que distinguir entre los primeros los animales de sangre fría y los animales de sangre caliente. Además...

—Un momento. Veó que lo sabes bien. Dime ahora cuáles son los animales de sangre fría.

—¡Los más valientes!

EL SECRETO

—¡Pero usted no envejece, amigo! ¡Siempre lo mismo! No sea egoísta: a ver si nos dice el secreto para no llegar a viejo.

—¡Bah! es muy fácil. Se lo diré en cinco reglas. Primera: quédese al sol en el verano, y a la sombra húmeda en invierno. Segunda: no descanse nunca. Tercera: coma hasta hincharse y a cualquier hora. Cuarta: enójese y rabie por cualquier macanita. Quinta: tome agua muy helada cuando esté sudando. Si practica todas estas reglas, le aseguro que no llegará a viejo...

LÓGICA

—¡Qué fastidio!—exclamó el candidato a pasajero.—¡Estos trenes siempre llegan tarde!

El jefe de la estación, que le oyó, se dió vuelta y le observó con toda la dignidad de funcionario:

—Pero, señor: ¿para qué servirían las salas de espera si los trenes llegaran siempre a su hora?

PARA JUSTIFICARSE

La señora, un poco indignada, dijo a su marido:

—¿Por qué dijiste a los vecinos que te casaste conmigo porque sabía cocinar admirablemente? Sabes bien que cuando me casé no sabía ni preparar un huevo pasado por agua.

—Sí... pero... tenía que buscar alguna excusa...

EL AMIGO MÜLLER

En la Bierhaus el rubicundo cliente preguntó al mozo:

—Dígame: ¿no ha estado por aquí mi amigo Müller?

—Sí, señor; hace un ratito. Pagó y se fué.

—¿Cómo?

—Pagó y se fué.

—¿Ha pagado? ¡Ah! Entonces no es mi amigo Müller.

¡TEMIBLE!

—¡Hombre! Esta mañana le oí cantar en su cuarto...

—Sí; a veces canto un rato para matar el tiempo...

—¿Sabe que tiene una buena arma?

CON TODA LA YETA



Después del trabajo hercúleo de encender un fósforo.

LA CRUZ

Las primeras crucifixiones. — Distintas formas de cruces. El último crucificado

La cruz es seguramente el instrumento de suplicio más antiguo y más universal. Oriental en su origen, todavía se emplea en algunos pueblos del Extremo Oriente.

Los antiguos egipcios, que ya crucificaban, ataban a los crucificados en vez de clavarlos; éste fué el castigo aplicado al panadero de Faraón cuyo profético sueño interpretara José.

Los griegos copiaron la crucifixión de los persas y la llevaron a Roma, y aquí fué donde este célebre suplicio se perfeccionó y adquirió mayor importancia, hasta tal punto, que sin temor a equivocación puede asegurarse que la crucifixión es romana.

La primitiva cruz no era tal cruz, sino un simple mástil hincado en tierra y al cual se sujetaba el condenado con cuerdas o con clavos. Con frecuencia, en vez del poste se empleaba el primer árbol que había a mano, sujetando los brazos del reo sobre las ramas en la misma dirección de éstas. De aquí nació la idea de añadir al mástil primitivo unos brazos o ramas en forma de T, hasta con las dos puntas dobladas hacia abajo que lleva esta letra en sus brazos. Entre los romanos, se empleaba la cruz para castigar a los esclavos y a los grandes criminales; castigábanse con ella el asesinato y el robo, y antes de ser crucificado, el reo era azotado con correas de cuero y arrastrado por la calle, atado el cuello a una horquilla.

A veces, para que el suplicio fuese más doloroso, el travesaño que formaba los brazos de la cruz no estaba clavado al árbol de la misma, sino encajado en una muesca de su extremo superior, de modo que oscilaba al menor soplo del aire o al menor movimiento del crucificado, aumentando los dolores de éste.

Después de la cruz en T, o en "tau", como entonces se decía, vino la ''cruz decussata'', o aspa de San Andrés, según más comúnmente se la llama por haber sido empleada en el martirio de este santo. La primera forma, sin embargo, siguió siendo la más empleada; los primitivos cristianos, en recuerdo de ella, escribían a veces una T muy grande en medio del nombre de sus mártires.

Más adelante se introdujo la cruz en forma de Y, que obligaba al condenado a tener los brazos en alto y la cabeza colgando entre ellos; pero la introducción de la costumbre de poner sobre la cabeza del reo una inscripción dando a conocer su delito, hizo que todas estas formas de cruces fuesen sustiuídas por la que se llamó ''cruz capitata'' o ''cruz inmissa'', que es la que suele verse representada en la escena de la crucifixión de Cristo.

Tanta variedad como en la forma de la cruz, había en los detalles que acompañaban a su empleo. En la antigua Roma, era costumbre azotar al condenado y obligarle a llevar la cruz a cuestas hasta el lugar del suplicio. Una vez clavado en ella, se le dejaba días y días para que fuese pasto de las aves rapaces. Entre los romanos, para hablar en sentido figurado de la gente maleante y de los esclavos de peor calaña, se decía ''carne de cruz y pasto de cuervos''.

Los judíos, por el contrario, descolgaban a sus reos de la cruz para enterrarlos, después de romperles las articulaciones. Si al ir a descolgar a la víctima observaban que todavía daba señales de vida, para prolongar sus sufrimientos le daban algún líquido fortificante. Al clavar en la cruz al condenado, le hacían beber vino mezclado con mirra y otros afrodisíacos, lo cual dándole fuerzas, impedía que se desmayase y hacía más vivos sus dolores.

El suplicio de la cruz fué abolido por el emperador Constantino, aunque después de él se le vió reaparecer en ciertos casos excepcionales.

Para castigar a los heresiarcas, por ejemplo, se empleaban cruces invertidas, a las cuales eran clavados o atados cabeza abajo. En Francia en 1127, Luis el Gordo hizo crucificar al asesino de Carlos el Bueno, llevando la crueldad hasta hacer poner junto a la cruz un perro de presa que, azuzado por el verdugo, mordía los pies del criminal.

El arte eclesiástico y la heráldica han desfigurado la cruz añadiéndole brazos o dando a éstos diferentes formas y longitudes, y así tenemos la cruz griega, cuyo travesaño es exactamente igual al mástil y corta a éste en el centro; la cruz latina, que es la forma más corriente, la de Malta, la de Jerusalén, la de Tolosa, la de Florencia y, finalmene, la cruz patriarcal o rusa, de doble travesaño, y la pontificia, que lleva tres travesaños.

América y el viernes

Aunque el viernes es por muchos considerado como día aciago, los americanos no tienen derecho para participar de esta superstición. Viernes era, en efecto, el 21 de agosto de 1492, cuando Colón partió de España para el viaje que reveló al mundo la existencia de América; viernes era también el 12 de octubre, cuando el inmortal navegante descubrió tierra, y viernes el día 3 de enero del año siguiente cuando emprendió el regreso a España. En viernes llegó a la Española en su segundo viaje, en viernes descubrió el continente, en viernes dió Enrique VII a Juan Cabot la orden de emprender un viaje que le hizo descubrir la América del Norte y en viernes también fundó Meléndez la ciudad de San Agustín, la más antigua de la América sepentrional. Los primeros colonos de aquel país llegaron también en viernes; Váshington, en fin, nació en viernes.

Miles de millones presupuestos para electrificación de casas

Más de 300.000.000.000 de pesos oro se invertirán probablemente en nuevas empresas de electricidad en los Estados Unidos en el curso de los seis próximos años. Hay a la fecha en el país ocho millones de casas provistas de alumbrado eléctrico, y se espera que de los seis millones restantes tres quedarán electrificados en el espacio de unos cuantos años.

El rápido desarrollo de centrales de electricidad lo demuestra el hecho de que el año pasado las compañías de luz y fuerza gastaron 750.000.000 de pesos en nuevas extensiones. En los seis próximos años invertirán pesos 4.000.000.000 en el ensanche del servicio de electricidad, y como por cada peso gastado en ello por las centrales, cada particular que aprovecha el servicio gasta por término medio 80 pesos en aparatos, se cree que gastarán más de 300.000.000.000 de pesos en la electrificación de viviendas y fábricas en los Estados Unidos durante los seis próximos años.

LA CARRETA



Ya no te veo pasar,
como una tortuga inmensa,
al amanecer del alba
o bajo el sol de la siesta,
hacia los trigos dorados,
vieja y mísera carreta,
arrastrada por tus bueyes
de mirada honda y serena,
que haciendo crujir los dientes
y siempre baja la testa,
te llevaban por los montes
y el llano, leguas y leguas...
¿Quién impidió que siguiesen
cantando, alegres, tus ruedas?

En las horas de bochorno
o en las noches de tormenta,
fuiste del gaucho matrero
improvisada vivienda.
Acerca de ti forjaron
muchos bardos sus leyendas,
y te cantaron los pájaros
sus armonías y endechas...
Entonces, siempre triunfante
ibas por todas las sendas;
por todas partes, entonces,
iba el canto de tus ruedas.
Eras como un gran anuncio
de paz, trabajo y riqueza,
en los florecientes campos
de nuestra llanura inmensa!

Hoy, cuando en sueños te veo,
vieja y mísera carreta,
de las agrestes llanuras
vadeando los ríos, lenta,
de las montañas salvando
las pedregosas laderas,
todavía, me parece
que oigo el canto de tus ruedas
que era como un gran anuncio
de paz, trabajo y riqueza.
Mas, cuando la realidad
tu derrota hace que vean
mis ojos, seminublados
e indecisos te contemplan;
y así te miran pasar,
cual fantasma de leyenda,
bajo una nube de polvo
y otra nube de tristeza...

Julio Díaz Usandivaras

Poemas en prosa

EL CASTILLO

Todavía recuerdo aquel castillo... aquel castillo triste, rodeado por la soledad y habitado por el silencio.

Sus gríseos muros ignoraban la caricia de las verdes enredaderas; las ventanas desnudas, sin el abrigo de la poética niebla de muselina, estaban, a toda hora, herméticamente cerradas. Sólo un añoso ciprés, vibrante obelisco de aquel fúnebre templo, murmuraba en el exhausto jardinillo y, bajo el látigo de noches invernales, inclinábase sobre los negros balcones del primer piso, como para escrutar el enigma de las oscuras estancias.

Sin embargo, en aquel castillo atrayente como el misterio, lúgubre como un panteón, cierta vez vi penetrar una mujer hermosa.

Cruzó el camino, anhelante, perseguida por las crecientes alas de la noche, y era tan bella, tan alegre, tan primaveral, así, toda vestida de blanco—tocada con sombrero de níveo encaje, ceñido por anémonas rojas—y eran tan dulces, tan inmensos, tan fascinadores sus deslumbrantes ojos de zafiro, que cuando, al pasar, posólos en mí, quedé mirándola, mirándola... y sofoqué un grito de angustia cuando llegó a la casa misteriosa, entró y cerró la puerta.

Muchas veces, en paseos nocturnos, crucé frente al castillo, muchas veces aguardé un rayo de luz frente a los desolados ventanales, muchas veces soñé con aquella flor humana, con aquella mujer extraordinaria.

¡Vana obsesión! El oleaje impetuoso de mis ansias, chocaba con los muros impasibles.

Una noche, pasando cerca de la enigmática mansión, oí, de súbito, una música sonora, jubilosa... y una divina voz de mujer.

¿Quién violaba la mística soledad de aquellos lugares? ¿Quién profanaba el silencio con el maravilloso cristal de su canto?

Era en el castillo.

Yacían, como siempre, hermético el portal y obscuras las ventanas; pero una, en el primer piso, estaba abierta... Por ella, surcando la penumbra, surgían las graves notas del piano, por ella volaba la voz vibrante y cálida, por ella desbordaba el raudal de armonía de aquella embriagadora romanza.

Al punto adiviné: era la desconocida, era la hermosa desconocida.

Me alejé a paso lento, gustando la voz que se perdía, percibiéndola cuando había naufragado en el silencio absoluto.

Y, para no romper el encanto, no pasé nunca más por el castillo.

COMO UN TEMPLO VACÍO

Partiste cuando, fascinado, me había detenido al margen de la vida, pálido el rostro, cerrados los ojos, trémulo y suspirante bajo la lluvia de fuego de mi loca embriaguez.

Abrí la boca para exhalar un grito; mas, de súbito, comprendí la grandiosidad del silencio. Tendí las manos tras de tu cuerpo grácil y adorado; y dejélas caer sin esperanza.

Ya estabas lejos...

La claridad fantástica con que deslumbras, hechizas y provocas dulces desvanecimientos, iba nimbándote, se alejaba llenándote de aurora.

Y la funesta sombra, cegadora, imponente, me cubrió como a un témpano perdido en la noche.

Creí morir y el nuevo día me prestó sus luces. Busqué la soledad y la multitud anónima me tendió las manos. Amé el silencio y el mundo me aturdió con su estruendo.

Y, asombrado, he quedado en pie como un templo vacío.

Respeta esta enorme vacuidad interior.

Si alguna vez piensas llegarme al lado, detente, aléjate.

¡Oh, amada mía! ¡Líbrame de tu cruel presencia!

Augusto Cortina Aravena

El automóvil norteamericano

El automóvil de fabricación norteamericana recorre hoy día cien diferentes países, colonias e islas; se le encuentra lo mismo en Islandia que en la zona ecuatorial, o que en las más remotas regiones habitadas del sur. Las siguientes cifras dan una idea del gran aumento de las exportaciones:

En 1913 se exportaron 25.880 coches automóviles, de un valor total de 25.347.644 dólares, y en 1922 el número fué de 66.790, con un valor de 51.050.000 dólares.

Un dato interesante de las estadísticas de las exportaciones del último año fiscal es el gran aumento de automóviles exportados a países europeos y sus colonias. Grande también fué el aumento del número de automóviles exportados a varios países sudamericanos. A la Argentina, por ejemplo, se exportaron durante los nueve meses terminados en marzo último, 2.778 automóviles, y el Brasil 1.959, mientras que en el mismo período del año fiscal anterior las cifras fueron, respectivamente, 486 y 236.

TEATRO POLÍTICO



Obras que se mantienen en el cartel.

Dib. de Rojas.

MAHOMA Y EL DIVORCIO

(Intitulado "El divorcio como cuestión religiosa" aparecerá en breve un volumen, de que es autor nuestro colaborador don Honorio Lartigau Lespada. Se trata de una recopilación de antecedentes tomados por el autor directamente del Pentateuco, el Evangelio, el Manú y el Korán y de algunos Santos Padres, como San Agustín y Santo Tomás de Aquino, además del Concilio de Trento; y en la que se desarrolla la tesis de que el divorcio, aún dentro de la doctrina cristiana, no sólo no ataca dogmas religiosos sino que es institución perfectamente religiosa. De ella es el capítulo que damos a publicidad.)

Del divorcio entre los musulmanes y de las leyes de Mahoma

Hecho, pues, el paréntesis que requerían las leyes de Manú, volvemos a lo que ya dijimos de Moisés y pasamos directamente a ocuparnos de Mahoma.

Su legislación es en quinientos años posterior a la de Jesús.

Hombre de acción y de intelecto, acrisoladamente honrado, esposo sin tacha, ídolo de una raza fuerte y religiosa, Mahoma debiera ocupar un lugar preferente en el afecto de judíos y cristianos. De aquellos acató la Ley y los profetas. De estos el ministerio de Jesús.

Procedió con esta sinceridad que lo hace más respetable: reprochando a los judíos no haber recibido a Jesús siquiera como profeta y censurando a los cristianos por haberlo adorado como a Dios.

Santo Tomás de Aquino, a quien con razón llaman el Doctor Angélico o el Angel de la Iglesia, en su Teodicea, admirable por los conceptos metafísicos y la brillante aplicación del silogismo aristotélico, no pudo substraerse al celo dogmático que lo dominaba y escribió en el capítulo sexto del libro primero: "Mahoma exaltó al pueblo prometiéndole deleites carnales, con cuyos deseos instigó la carnal concupiscencia. Dió preceptos conformes con tales promesas, relajando los frenos del deleite carnal, a los cuales obedecen los hombres sensuales. Pero no dió ninguna prueba de verdad, sino las que cualquiera, aunque tenga mediano ingenio, puede conocer, mezclándose entre muy pocas verdades muchas fábulas y doctrinas de falsedad. No encontró signos en hechos sobrenaturales, que sólo la inspiración divina puede traer como testimonio conveniente, pues su visible ostentación sólo puede ser obra divina. Se presentó como doctor de verdad inspirado invisiblemente; dijo que había sido enviado para propagar su enseñanza por las armas, medio que también utilizan los tiranos y los ladrones. No le siguieron hombres sabios y peritos en las cosas divinas y humanas, sino hombres rústicos, habitantes del desierto, ignorantes de toda divina enseñanza, por los cuales trajo a su ley multitud de otros por la fuerza de las armas. No encontró ningún oráculo divino que le fuera favorable en los profetas anteriores, y alteró con narraciones y citas falsas el Antiguo y Nuevo Testamento, como es evidente en la simple exposición de su ley; por lo que, con astuto propósito, no autorizó a sus secuaces para que leyeran el Antiguo y Nuevo Testamento, para que por ellos no descubrieran su falsedad."

Esto lo escribía Santo Tomás en el siglo XIII. En el siglo XVIII, Voltaire, en un artículo de la Enciclopedia, replicaba: "Decidme de buena fe si os atrevéis a llamar sensual la religión que prescribe que no se puede comer ni beber desde las cuatro horas de la madrugada hasta las diez de la noche durante el mes de julio, cuando la cuaresma llegue en esa época; la religión que prohibe jugar a juegos de azar y beber vino, bajo la pena de condenación; la religión que manda ir peregrinando por desiertos ardientes y que obliga a dar a los pobres el dos por ciento, lo menos, de la renta de cada rico; la religión que consiguió que los musulmanes, que estaban acostumbrados a disfrutar de dieciocho mujeres, se quedaran de repente con cuatro." Y agrega en otra parte: "No pretendo justificarle pero no podemos condenarle por su doctrina, que proclama un solo Dios. En el sura CXXII, dice: Dios es único; eterno; ni engendró ni es engendrado; nada hay semejante a él. Estas palabras, más que su espada, sometieron a él el Oriente."

Mahoma prohibió que se desposara a las idólatras hasta que ellas hubieran adquirido la fe, porque "una esclava fiel vale más que una mujer libre e idólatra, aunque sus encantos sean inferiores."

Por la misma razón, las hijas de los musulmanes no debían, tampoco, ser dadas en matrimonio a los idólatras.

Un hombre podía tomar una, dos, tres y hasta cuatro mujeres; pero si creía no poder obrar equitativamente con todas no debía tomar sino una. Estaba obligado a ser cariñoso y a asegurarles un conveniente bienestar para después de su muerte.

Se permitía el casamiento con esclavas, pero se recomendaba abstenerse de hacerlo en lo posible.

Nadie podía repudiar a su mujer mientras no se hubiera cumplido el término marcado, según el caso, salvo el caso en que se la repudiara antes de haber cohabitado con ella.

Los que juraran no haber tenido comercio con sus mujeres, obtendrían un plazo de cuatro meses para volver a ellas. Si durante ese plazo cumplían sus deberes acerca de ellas, el Señor sería indulgente y misericordioso.

Nadie podía repudiar a su mujer, mientras no se hubiera cumplido el término marcado, según el caso.

Antes de que el plazo se cumpliera no podía el marido ni arrojarla ni dejarla salir de su casa, salvo el caso de adulterio.

Cuando el término se cumplía, podía retenerla humanitariamente o despedirla; y era en esto más humanitario que los hebreos y que los hindúes, según queda transcripto.

Además, el marido podía hacer atestiguar el acto con hombres equitativos (tales son sus palabras) lo que podríamos llamar una manera de nuestros jueces de paz.

¿Cuáles eran esos plazos?

"En cuanto un mahometano jura repudiar a su esposa cesa de tener comercio con ella; y apenas recibe ella la noticia se cubre con un velo y permanece encerrada en su habitación sin salir a ver al esposo. Cuando espira el plazo de cuatro meses concedido para la reconciliación sin que esta se efectúe todos los lazos se rompen, la mujer cobra su libertad y abandona al marido. Las hijas siguen a la madre y los hijos permanecen al lado del padre."

Estas y otras disposiciones concordantes se registran en los capítulos II, IV y LXV del Korán:

"Esperad tres meses antes de repudiar las mujeres que temen no volver a tener sus costumbres. Y haced lo mismo con las que no las hayan tenido todavía. Guardad las mujeres encinta hasta que hayan dado a luz. Dios aplana las dificultades a los que les temen."

"Dejad a las mujeres que vayáis a repudiar un asilo en vuestra vivienda. No las alberguéis violentamente en habitaciones estrechas. Y conceded a las que estuvieren encinta todos los cuidados precisos durante el tiempo que dure el embarazo. Si amamantan a sus hijos recompensadlas con equidad. Y si tuvieren inconvenientes físicos para hacerlo, pagad una nodriza que las sustituya.

"Que el rico haga sentir a sus mujeres la largueza de su opulencia y que el pobre las sostenga según su pobreza; Dios no exije de nadie más de lo que tiene. La pobreza y la riqueza humana son transitorias:

"Las mujeres repudiadas dejarán transcurrir tres meses antes de tomar nuevo marido, y no podrán ocultar sus embarazos si creen en Dios y en el día del juicio. Y encontrándose encinta es más sincero que el marido vuelva a tomarla si desea una sincera reconciliación.

"La repudiación sólo podrá tener lugar dos veces. Los maridos tratarán a sus mujeres con humanidad y no podrán arrojarlas del hogar sin justicia; y nada podrá retener de su dote a menos que ambos esposos no temiesen pasar los límites que ha fijado el Señor.

"El que repudie tres veces a una mujer no podrá volverla a tomar hasta que ella haya pasado por el lecho de otro esposo que la haya repudiado. Les será permitido reunirse si están seguros de poder observar los mandatos de Dios.

"Las madres amamantarán a sus hijos dos años completos. La alimentación y el vestido de la mujer ha de procurarlos el esposo. También puede llamar una nodriza a condición de pagarle fielmente lo que se haya acordado.

"No estaréis sometidos a ninguna pena al repudiar una mujer con la cual no hayáis tenido comercio y a la cual no hayáis asignado ninguna dote. Lo que vosotros deis a las mujeres no debe ser más de lo que vuestros medios os permitan.

"Aquel que repudie una mujer dotada antes de haber tenido comercio con ella, le dejará la mitad del dote: pero de consentimiento los dos esposos o por el solo deseo del marido, la mujer puede recibir la dote entera.

"Aquellos que dejaran dos esposas al morir, deben dejarles un legado para su sostenimiento durante un año."

Aun cuando en el capítulo que analizamos ya se registran los casos en que el marido puede volver a tomar la mujer que repudió, no resisto al deseo de registrar un episodio que tiene su buena parte de ternura y que tomo del capítulo LXVI.

"Aiescha y Haphsa — dice la versión—eran las esposas preferidas por Mahoma, que, sin embargo, las descuidaba algunas veces por su esclava María la Egipciaca. Un día señalado tuvo ternuras con las dos, arrancándoles, merced a las promesas más halagüeñas, que guardarían una a otra la aventura; pero Haphsa no pudo contenerse y le contó; y al saberlo Mahoma, castigó su indiscreción con el divorcio. El ángel Gabriel descendió al poco tiempo, y haciendo presente al profeta las virtudes de la repudiada, lo obligó a desposarla otra vez."

Narrándola, dice El Korán:—"El profeta la reprendió con dulzura, diciéndola después todo lo que había divulgado. ¿Quién os ha instruído tan bien? le preguntó ella; y Mahoma repuso: Me ha instruído aquel para quien nada hay escondido. Si vuestro corazón es culpable de una indiscreción, implorad la clemencia del cielo y seréis perdonada. Si os habéis revelado al profeta, sabed que el Señor, el ángel Gabriel y los verdaderos creyentes son sus protectores; sabed que los ángeles lo vengarán".

H. LARTIGAU LESPADA.

Medio parecido, por Miñones



—Me niega la mano de su hija porque no encuentro trabajo, pero usted no sabe, señora, que mi padre es dueño de un banco...
—¿De un banco?
—Sí, señora; de un banco de carpintero.

El asesinato del canciller de la legación

Un crimen que origina una revelación estupenda, cometido en Santiago de Chile

Durante su permanencia en Nueva York como delegado a la Conferencia Policial, el jefe de policía de Valparaíso, señor Arturo Venegas, relató a un periodista norteamericano la historia de un crimen sin precedentes por la forma con que fué cometido y la extraña revelación que le siguió.

En la torre cercana al magnífico edificio en que está instalada la legación de un país europeo en Santiago de Chile, un reloj dió las 15. Un criado abrió la puerta del despacho del canciller y llamó: —¡Señor Becker!

Nadie respondió. El criado miró rápidamente a su alrededor. Creyendo que el funcionario se hallaba en otro salón se disponía a proseguir cuando percibió un bulto largo bajo la gran mesa de roble que ocupaba el centro del despacho. Se aproximó y casi instantáneamente retrocedió horrorizado. El bulto largo era el cuerpo ensangrentado y sin vida del hombre a quien había llamado un momento antes, el señor Guillermo Becker, canciller de la legación.

Huyó aterrorizado para comunicar a sus jefes la espantosa noticia. Se llamó a la policía. Las autoridades, rodeadas por parte del personal de la legación, procedieron a examinar el cadáver: la cabeza había sido fracturada con un instrumento muy pesado; el cuerpo había sido abierto de una cuchillada; tenía una pierna rota; por último, la cara había sido tajeada tan bárbaramente que era casi imposible reconocerla.

No se descubrió indicio alguno del motivo del crimen tan salvaje. El dinero y el reloj de Becker estaban intactos en sus bolsillos. Evidentemente, el motivo no era el robo personal. Pero ¿y una intriga diplomática?, ¿el robo de algún documento, de algún secreto en que alguna potencia extranjera estuviera interesada? En este caso el ladrón, sorprendido en el momento en que cometía la substracción, se había visto obligado a matar al canciller, sobre todo para evitar un escándalo internacional. Se revisó los archivos de la legación: no faltaba ni un solo documento. ¿Un chantage? Se investigó microscópicamente los antecedentes de Becker. Su pasado no reveló ni un solo escándalo, ni un solo episodio que hubiera podido originarle enemigos. Su pasado era singularmente tranquilo. Se interrogó a los numerosos empleados de la legación: nadie había visto ni oído nada; nadie sospechaba nada. El asesino había procedido con habilidad maestra. No obstante, por un momento se entrevió un rayo de luz en el misterio: en el día del crimen había desaparecido un lacayo de la legación, un chileno llamado Tapia. Se le buscó en todo el país. Fué en vano. No se encontró huella alguna del tal Tapia. Los antecedentes de este individuo eran, por lo demás, irreprochables. Se concluyó por admitir que su desaparición era una coincidencia y nada más.

Transcurrieron los días. Se consideraba al crimen bajo dos aspectos: el asesino debía ser un demonio, un degenerado que había matado simplemente por el placer de matar, o lo había hecho por una razón muy extraña, que nunca se conocería. Entre tanto el cadáver de Becker después de haber recibido honras fúnebres correspondientes al rango de un embajador, había sido inhumado en imponente panteón. La viuda, señora de Becker, asistió al funeral aturdida aún por el golpe inmenso que había recibido.

Las autoridades proseguían sus investigaciones, aunque, en el fondo, las creían inútiles. Su fracaso en el rápido descubrimiento del crimen, había provocado acerbas críticas de la prensa y del público. A medida que pasaban los días arreciaban los ataques de los diarios contra la policía y ésta, siquiera por su buen nombre, debía esforzarse por multiplicar su actividad.

Una tarde el jefe de policía se hallaba en su despacho, cuando entró, poseído de cierta excitación, un joven periodista. Cambiados los saludos de costumbre, el joven periodista dijo, sin mayores preámbulos:

—Jefe: tengo buenas noticias para usted. Becker está vivo. Lo vi hace dos días.

El jefe hizo un brusco gesto de asombro, pero en seguida se repuso y contestó sonriendo con amargura:

—¡Ah, sí! una broma ahora... Como si no bastaran los ataques en el diario.

—No es una broma, jefe. Becker, Guillermo Becker vive. Repito que lo vi hace dos días.

El jefe meneó la cabeza e hizo con la mano un gesto como para dejar de lado el tema.

—No, no; y no insista, joven, con esa clase de bromas. El pobre Becker está enterrado hace días.

Las negativas no desanimaron al periodista. Insistió vivamente y el jefe se vió obligado a escucharle. Enviado en misión periodística, a una pequeña ciudad, aislada pero cercana de la capital, el joven caminaba por la calle cuando sintió pasos rápidos detrás de sí. Dióse vuelta, y en la persona que en ese instante pasaba por su lado reconoció, con indescriptible asombro, al canciller. O por lo menos, a una persona absolutamente idéntica a él. Le siguió un trecho. Toda duda desapareció. Era el canciller. Lo conocía bien, porque como periodista se había hallado en varios actos públicos a los que Becker había asistido.

El jefe, incrédulo aún, pero resuelto a tentar lo imposible, ordenó nuevas investigaciones. Citó a la viuda de Becker y a los amigos que habían visto el cadáver, para preguntarles si estaban seguros de que era el de Becker. Todos contestaron afirmativamente. Pero la vista humana suele ser falible. El jefe tuvo noticia de un dentista que había atendido a Becker, y lo citó.

—¿Usted fué dentista del señor Becker?

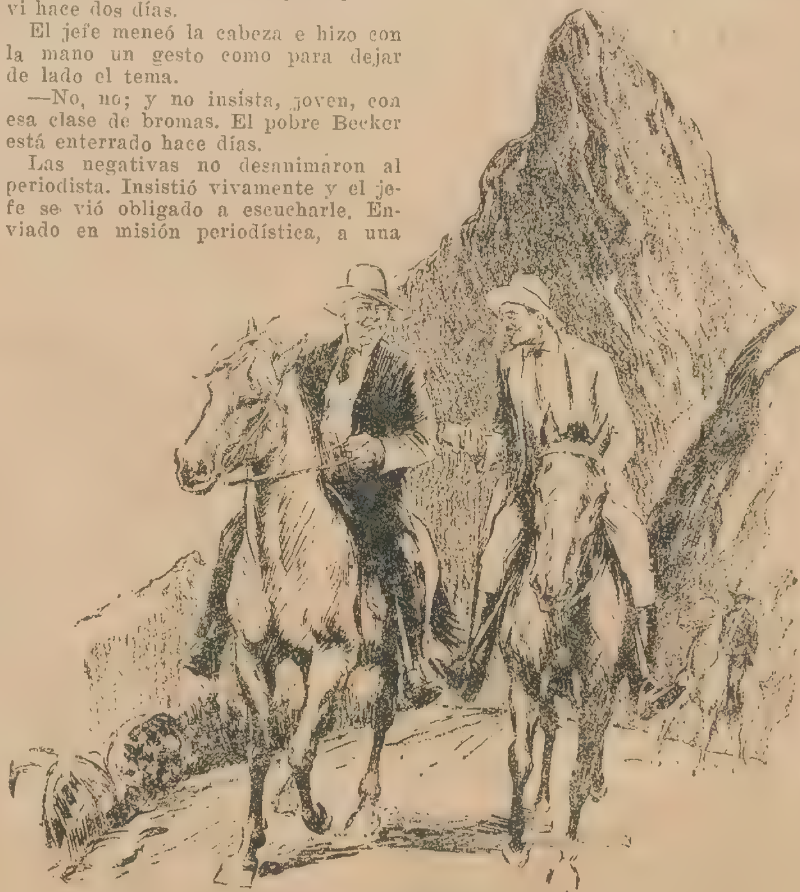
—Sí, señor.

—¿Reconocería su dentadura?

—Muy fácilmente, señor. Tengo en el consultorio la ficha correspondiente, y aun sin ella, recuerdo como si la viera, la dentadura del señor Becker. En el maxilar inferior, a la izquierda, tiene tres emplomaduras de oro. Yo mismo las hice.

Pocos días después se obtuvo permiso para efectuar la exhumación del cadáver. Cuando ésta se efectuó, estaban presentes la viuda y los amigos del finado. Se levantó la tapa del féretro y se preguntó a los circunstantes si reconocían el cuerpo del señor Becker. La respuesta fué afirmativa. En seguida se aproximó el dentista. Abrió la boca del cadáver y examinó la dentadura. Antes de un minuto se apartó y dijo:

—No tiene dientes emplomados. En vez de los que yo emplomé hay dientes naturales perfectamente sanos. Este cadáver no es el del señor Becker.



La afirmación del joven periodista era exacta; por lo menos hasta cierto punto, porque ¿vivía Becker efectivamente? Si Becker vivía ¿por qué no hablaba? ¿Estaba secuestrado? O... ¿era él el asesino?

Inmediatamente de obtenida la opinión del dentista, se despachó a la pequeña ciudad nombrada por el periodista, a dos de los pesquisas más hábiles. Frecuentando tabernas y callejuelas, no tardaron en encontrar personas que manifestaban haber visto a un hombre cuyas señas coincidían con las de Becker. Sí: había estado en la ciudad y llevaba un género de vida muy retraído. Pero ya había partido, según creían, en dirección a Chillán, hacia la cordillera.

Los pesquisas se trasladaron a Chillán; efectivamente la persona buscada había pasado por Chillán, dirigiéndose a Victoria. A Victoria se trasladaron los pesquisas apurando sus cabalgaduras, pues una vez llegado a Victoria, el viajero obtendría pasaportes y pasaría al territorio argentino. Y efectivamente, en Victoria supieron que el individuo suyas señas daban, después de haber pasado varias horas y gastado mucho dinero en tabernas y lugares de mala fama, había obtenido pasaporte y se dirigía a caballo hacia la fontera. Los dos policías iniciaron la persecución galopando por angostos desfiladeros andinos cubiertos de nieve. Cerca de Lonquimay, la última población chilena a pocas millas de la frontera argentina, los pesquisas divisaron un hombre que cabalgaba al paso y que, aparentemente, era la persona que buscaban. Su porte no era el de un fugitivo sino más bien el de un turista dispuesto a admirar las bellezas de la naturaleza circundante.

Los dos pesquisas se separaron. Uno apuró el caballo para adelantarse al perseguido, el otro se quedó varios metros atrás. Al pasar junto al viajero solitario, el primero le preguntó cordialmente:

—¿Estamos lejos de la frontera, señor?

—No sé, —repuso el interrogado, demostrando, con su acento seco, que no deseaba establar conversación.

Pero el recién llegado debía tener un carácter muy amable, pues en vez de desanimarse por esa contestación desapacible insistió en su actitud cortés. Sacando una cigarrera del bolsillo, la tendió al desconocido, diciéndole:

—Caballero: ¿me permite que le ofrezca un cigarrillo?

—¡No!—repuso el otro, casi irritado.

Pero en el mismo instante, la mano que le ofrecía un cigarrillo soltó la cigarrera y le aferró de un brazo. El recién llegado exclamó:

—Señor Becker: ¡está usted arrestado!

Llevado a Santiago, el fugitivo confesó. Había necesitado dinero, mucho dinero. Había robado fondos de la Legación en tal forma que la substracción no se descubriría sino al cabo de meses. Al mismo tiempo se había asegurado la vida en 100.000 pesos, con el propósito de que, una vez admitida su muerte, su mujer cobrara esa suma. La esposa, que ignoraba en absoluto los siniestros planes del marido sería después informada por carta. Luego se establecerían ambos en una confortable residencia, en otro país. La parte más difícil de su plan era encontrar a una persona cuyo cadáver pasara por el suyo. Al fin halló al lacayo Tapia que era de estatura y corpulencia iguales a la suya. Dió muerte al criado, le cubrió la cara de tajos para hacer imposible el reconocimiento, vistió al cadáver con sus propias ropas y lo depositó en su despacho. Además, le fracturó la pierna izquierda, pues él mismo la tenía fracturada a consecuencias de un accidente que el público conocía. Abrió el cuerpo de una feroz puñalada para hacer creer que el crimen era obra de un degenerado.

Fué condenado a muerte. Un pelotón de cinco soldados, le fusiló en la prisión. Y su desgraciada esposa asistió por segunda vez al funeral de su marido, esta vez sin pompa, sino en la soledad de la infamia.

EL SILBATO ENCANTADO, por Alejandro DUMA;

Había una vez un rey, rico y poderoso, que tenía una hija de extraordinaria belleza. Cuando hubo llegado ésta a la edad de casarse, hizo saber al monarca, a toques de clarín, por medio de un heraldo, que los que aspirasen a la mano de su hija debían reunirse en una vasta pradera. Una vez reunidos allí, la princesa arrojaría una manzana de oro, y el que consiguiese tomarla no tendría más que resolver tres problemas; hecho lo cual se casaría con la princesa, y no teniendo el rey hijos varones, sería el heredero del trono.

El día fijado, tuvo lugar la reunión: la princesa arrojó la manzana, pero los tres primeros que consiguieron tomarla no habían ejecutado sino la parte más fácil del programa, y ninguno de los tres quiso someterse a las otras pruebas.

En fin, arrojada la manzana por cuarta vez, cayó en manos de un joven pastor, que era el más bello, pero también el más pobre de todos los pretendientes.

El primer problema, mucho más difícil de resolver que cualquier problema matemático, era éste:

El rey había hecho encerrar en un pesebre cien liebres; el que consiguiese llevarlas a pacer en la pradera donde se había reunido la asamblea, y las llevase después, todas, de nuevo al pesebre, resolvería el primer problema.

Cuando el joven pastor oyó esta proposición, pidió un día para reflexionar; la mañana siguiente, contestaría afirmativa o negativamente. Accedió el rey a lo solicitado, pues le pareció muy justo.

Se encaminó entonces el joven hacia el bosque, para meditar sobre los medios que pudiesen hacerle salir triunfante en la difícil prueba.

Caminaba lentamente, con la cabeza baja, por un estrecho sendero, a lo largo de un arroyo, cuando encontró a una viejecita de cabello cano, pero de mirada viva, la que le preguntó por qué estaba tan triste. Contestó el pastor, meneando la cabeza:

—¡Ah! Nadie puede socorrerme; y, sin embargo, ¡deseo tanto casarme con la hija del rey!...

—No te desesperes tan pronto—contestó la viejecita;—cuéntame la causa de tu tristeza y quizá pueda yo hacer algo por tí.

Era tal el dolor del joven, que no se hizo rogar para desahogarse: lo contó todo a la viejecita.

—¿No es más que eso?—preguntó la buena vieja;—en este caso, eres muy simple si te desesperas.

Tomó de su bolsillo un silbato de marfil y se lo dió. Ese silbato no difería en nada de un silbato cualquiera; de modo que el joven, pensando que debería usarse de un modo particular, se volvió hacia la vieja para formular algunas preguntas; pero ésta había desaparecido ya.

Sin embargo, lleno de confianza en la que consideraba como su genio benéfico, se presentó al día siguiente en el palacio y dijo al rey:

—Acepto, sire; y vengo a buscar a las liebres para llevarlas a pacer a la pradera.

Se levantó entonces el rey y dijo a su ministro del interior:

—Haga usted salir todas las liebres del pesebre.

El pastor se puso en el umbral de la puerta, para contarlas; pero la primera se hallaba ya muy lejos cuando fué puesta en libertad la última; tanto, que cuando el joven llego a la pradera, no quedaba ni una sola liebre a su lado.

Se sentó muy pensativo, no osando creer en la virtud de su silbato. Tuvo, sin embargo, que echar mano de este último recurso; lo apoyó en sus labios y sopló en él con todas sus fuerzas. Salió un sonido agudo y prolongado.

Inmediatamente, con gran sorpresa suya, vió las liebres que, saliendo de la izquierda, de la derecha, de adelante y de atrás corrieron hacia él y se pusieron a pacer en su derredor.

Fué informado el rey de lo que ocurría, y, pareciéndole ya posible que el joven pastor resolviese el problema de las cien liebres, hizo llamar a su hija.

Experimentaron ambos una viva contrariedad, pues si el pastor resolvía los otros problemas como seguramente iba a resolver el primero, la princesa sería esposa de un simple paisano, lo que constituía una gran humillación para su orgullo real.

—Está bien—dijo la princesa a su padre,—busque usted una solución; voy a reflexionar yo, por mi parte.

Volvió la joven a sus departamentos, y una vez disfrazada de modo que nadie pudiera reconocerla, hizo traer un caballo, y montada en él, fué hacia donde se hallaba el pastor.

Las cien liebres saltaban alegremente en derredor de éste.

—¿Quiere usted venderme una de esas liebres—preguntó la bella joven?

—No la vendería ni por todo el oro del mundo,—contestó el pastor,—pero puede usted ganar una si quiere.

—¿Y a qué condición?

—Bajándose de su caballo, sentándose en el prado y conversando durante un cuarto de hora conmigo.

Opuso la princesa alguna dificultad; pero, no habiendo otro medio de conseguir la liebre, se apeó y sentóse junto al pastor.

Al cabo de un cuarto de hora, durante el cual el joven habló a la princesa de mil cosas tiernas, se levantó ésta y reclamó la liebre que aquél, cumpliendo su promesa, le entregó. La hija del rey encerró llena de gozo, el animal en un canasto que estaba colgado de su silla, y emprendió viaje hacia el palacio.

Pero no había andado aún un cuarto de legua, cuando el pastor, acercando el silbato a sus labios, sopló en él; y al oir el sonido que la llamaba imperiosamente, levantó la liebre la tapa del canasto, saltó al suelo y se escapó muy de prisa.

Un instante después vió el joven a un paisano que iba hacia él, montado en un asno; era el rey que también se había disfrazado y había salido de su palacio con el mismo objeto que su hija. Un gran saco colgaba del basto del asno.

—¿Quieres venderme una de tus liebres?—preguntó al pastor.

—Mis liebres no se venden,—contestó el otro;—pero se pueden ganar.

—¿Y qué hay que hacer para ganar una?

Pensó un momento el joven:

—Tiene usted que besar tres veces el trasero de su asno.

Esta extraña condición repugnaba bastante al viejo monarca, que no quería de ningún modo someterse a ella. Ofreció hasta cincuenta mil francos por una de las liebres; pero el pastor permaneció firme en su resolución.

Por fin, el rey, que quería llevarse absolutamente uno de los animales, tuvo que someterse a la condición impuesta, por más que fuese humillante para un rey. Besó tres veces el trasero de su asno que quedó muy sorprendido al ver que un soberano le hacía tal honor, y el pastor, cumpliendo su palabra, le dió la liebre pedida con tanta insistencia. El monarca introdujo la liebre en el saco y salió al trote de su asno.

Pero no había andado aún un cuarto de legua, cuando se oyó un silbato; y la liebre, abriéndose paso con sus dientes a través del saco, desapareció en dirección al prado.

—¿Conque?...—preguntó la princesa al ver volver a su padre al palacio.

—¿Qué quieres que te diga, mi hija? Por ningún precio ha querido venderme una liebre. Pero puedes estar tranquila; no saldrá tan fácilmente triunfante de las otras pruebas como de ésta.

Es superfluo decir que el rey guardó el más absoluto secreto respecto de la condición gracias a la cual había tenido por un instante en su poder una de las liebres; y que la princesa hizo otro tanto.

—Lo mismo se me ha ocurrido a mí —dijo ésta,—no he podido conseguir una liebre ni por toda la plata ni por todo el oro del mundo.

A la noche volvió el pastor con sus cien liebres; las contó en presencia del rey; no había ni una más ni una menos. Fueron entregadas al ministro del interior, quien las hizo llevar a su pesebre. Dijo entonces el monarca:

—El primer problema ha sido resuelto. Se trata ahora de resolver el segundo. Escucha bien, joven.

FILO DE TREN



—Si me ama usted, señor, dígamelo; pero no me ensucie los zapatos.

Lejos de todos...

(Sinfonía)

Sale de mi corazón
como una fuente de miel
y no me inporta
que vacile mi razón
ante tanta cosa cruel...
No me conforta
ni un suave beso de amor
de caridad...
Mi vida es sólo dolor
e iniquidad...
Y sin embargo
todo mi alma lo soporta
en este viaje tan largo
hacia la muerte...
Sólo tengo soledad,
soledad enloquecedora...
¡Ay, este horrible destino
en que no encuentro una mano
dulce y acariciadora
que me haga leve el camino...
este camino inhumano!....
Ahora, con llanto callado,
mi gran ideal fracasado
voy llorando noche y día...
No tengo ni una alegría...
Es mi sino...;
es la crueldad de mi suerte...
Cada uno tiene un destino,
y el mío es éste....

Antonio GUARDIOLA.

Aguzó el oído el pastor.

—Tengo allá arriba, en una de las buhardillas, cien medidas de arvejas y cien de lentejas; lentejas y arvejas están mezcladas. Si durante esta noche, sin luz alguna, llegas a separarlas, habrás resuelto el segundo problema.

—Respondo de ello—contestó el joven pastor.

Llamó el rey a su ministro del interior, quien llevó al pretendiente a la buhardilla, lo encerró en ella y entregó la llave al soberano.

Empezaba ya a anochecer y no siendo excesivo el tiempo concedido para un trabajo semejante, el pastor sopló en su silbato.

Acudieron en seguida cinco mil hormigas, que empezaron a separar las lentejas de las arvejas, hasta formar dos montones distintos.

El día siguiente vió el rey con gran sorpresa que había sido ejecutado el trabajo; hubiera querido formular alguna objeción pero no había, en realidad, observación alguna que hacer.

No quedaba, pues, otra esperanza, aunque bastante infundada, sino la de que sucumbiese el pastor en la tercera prueba.

Sin embargo, siendo la más difícil de todas, no desesperó el rey.

—Lo que te queda para hacer—dijo al joven—es ir, al anochecer, a la panadería del palacio, y comer durante la noche todo el pan que se ha cocido para la semana; si mañana no queda ni una miga, estaré satisfecho y te casarás con mi hija.

La misma noche fué llevado el pretendiente a la panadería que estaba tan llena, que sólo quedaba un pequeño espacio libre junto a la puerta. Pero, a media noche, cuando todo callaba en el palacio, tomó el pastor su silbato y silbó. Aparecieron inmediatamente diez mil ratones que se pusieron a roer el pan de tal manera, que al alba no quedaba ni una sola miga.

Golpeó entonces el joven la puerta con todas sus fuerzas y gritó:

—Abran ustedes pronto, por favor: tengo hambre.

El tercer problema había sido resuelto, pues, tan triunfalmente como los otros dos.

Sin embargo, quiso intentar el rey eludir el cumplimiento de su promesa. Hizo traer un saco capaz de contener seis medidas de trigo, y reunidos anos cuantos de sus cortesanos, dijo al pastor:

—Cuéntame tantas mentiras cuantas puedan caber en este saco; cuando esté lleno mi hija será tuya.

Contó entonces el joven todas las mentiras que pudo imaginar; pero estaban por concluir el día y su provisión de mentiras, y el saco no se había llenado aún ni a medias.

—Pues bien—así continuó,—mientras estaba yo cuidando mis liebres, la princesa fué a visitarme, vestida de aldeana y, para que le diese uno de mis animales, me dió un beso.

La princesa, que estaba lejos de imaginar lo que iba a decir su pretendiente, no tuvo tiempo para hacerle callar; se sonrojó toda, tanto que el rey empezó a creer que la mentira del pastor podría muy bien ser una verdad.

—No está lleno aún el saco—gritó el rey,—aunque hayas dejado caer en él la más grande de las mentiras: continúa.

Continuó el pastor:

—Un minuto después de haberse retirado la princesa, vino el rey, disfrazado también de paisano. Su majestad, al igual que su hija, pretendía que le vendiese una de mis liebres. Pues bien; cuando vi el interés que tenía en conseguirla, lo obligué a... ¿qué se imaginan ustedes?...

—¡Basta, basta!—gritó el monarca. El saco está ya demasiado lleno.

Ocho días después, el joven pastor se casó con la princesa.

El servicio en la China

Aunque aquí nos parezca mentira, hay un país en el mundo en donde la crisis del servicio doméstico no existe o, si existe, es más por exceso que por defecto o escasez de personal.

Ese país es la India.

Allí, para realizar el trabajo que aquí se encomienda a dos o tres criados hay que valerse de ocho o diez.

Y no es que cuenten con organizaciones que dirijan y reglamenten el servicio; es que el doméstico indio tiene una idea precisa de lo que considera propio y exclusivo de sus funciones, y pone especial cuidado en no permitir que nadie usurpe sus derechos y en no salirse de los límites trazados a sus obligaciones.

Así que, según escriben al "Daily Mail" desde la India Central, son indispensables dos hombres para la limpieza del "bungalow" y para los recados, pues ni el recadista consiente en coger la escoba o el plumero ni el encargado de la limpieza hace la menor comisión fuera de la casa.

Si el mayordomo hace cuestión de gabinete de cuidar de las ropas de su amo, de ningún modo se rebajará a encender una lámpara o a limpiar un mueble, y si el mozo de comedor accede alguna vez a enjugar un plato, jamás se prestará a fregarlo.

Además hay que contar con una cocinera, que ni por casualidad se aparta del fogón; con una lavandera y con una planchadora, con un jardinero y, por último, con un guarda nocturno, una especie de sereno, que no tiene otra misión que dormir en la terraza del "bungalow" en lugar de dormir bajo techado.

En cambio, y puede irse lo uno por lo otro, el salario que se paga a todos esos criados juntos no bastaría para pagar a un solo y modesto mucamo entre nosotros.

Sensibilidad del oído y del ojo

Recientes experimentos de orden físico verificados en Francia y Estados Unidos, precisan en forma cuantitativa la sensibilidad del aparato auditivo y del de la vista. Cada vez que se utiliza el teléfono para una conversación se pone en acción, bajo forma de electricidad y magnetismo, cierta cantidad de energía que puede ser determinada por un peso de carbón consumido. Un ingeniero de líneas telefónicas norteamericanas ha calculado que a cada conversación telefónica corresponde, por término medio, un gasto de un gramo de carbón. No ay duda de que esta estimación está lejos de ser exacta, pues comprende toda energía disipada, tanto en la estación central como en las líneas, en los micrófonos y en los aparatos receptores. Pero si uno se propone determinar la cantidad de energía empleada realmente para producir las vibraciones sonoras que el oído percibe en los aparatos receptores, se halla una fracción ínfima de la cantidad indicada.

Un físico francés, el señor Pellat, de la Soborna, ha determinado el mínimo de potencia necesaria para producir en un buen aparato un sonido perceptible para el oído humano. Ha hallado que esta potencia es tan débil que una cantidad de calor igual a una caloría, es decir, a la que sería necesaria para elevar en un grado la temperatura de un gramo de agua, bastaría para producir en un teléfono un sonido durante cerca de 2.000 años. Y el oído mismo constituye un receptor sonoro más sensible que la placa vibrante del teléfono.

En el mismo orden de experimentos se ha tratado de avaluar la sensibilidad del órgano de la visión. Se admitía hace algunos años, que el ojo más sensible era capaz de percibir en la bóveda celeste, durante la noche, las estrellas clasificadas como de sexta magnitud: lo que habría equivalido, efectivamente, a percibir la luz de una bujía situada a 11 kilómetros, si los rayos luminosos emanados de ella no fuesen absorbidos por las capas de aire interpuestas.

Un astrónomo del Observatorio del Monte Wilson, el señor Curtis, ha realizado experimentos decisivos al respecto. Ha establecido que, colocándose en forma de no recibir la luz de las demás estrellas, un observador puede percibir, a simple vista, estrellas de séptima y aun de octava magnitud. Como confirmación de esto un francés, M. Buison, demuestra mediante precisas observaciones y experimentos de laboratorio, que un ojo muy sensible puede percibir la luz de una bujía, a la distancia, casi increíble, de 27 kilómetros.

Se ha tratado de avaluar el equivalente mecánico de la cantidad de luz percibida así por el ojo humano; y se ha hallado que el peso de un miligramo, cayendo de la altura de un centímetro sobre un "receptor luminoso" suficientemente sensible, podría bastar para impresionar al ojo durante 25 años. Para alimentar una emisión de luz visible y para mantener constante esta alimentación durante mil millones de años, bastaría invertir la energía representada por una caloría, o para emplear una avaluación mecánica, consumir "hulla blanca" en dosis microscópica, en forma de una cascada liliputiense, de un metro de alto, que vertiría durante esos mil millones de años, un volumen global de cerca de un litro de agua, que caería desde esa altura en dosis infinitamente pequeñas.

Vese, por esas determinaciones que confunden casi la razón, cuan grande es la sensibilidad del ojo humano, sensibilidad superior, millares de veces, a la del oído.—X.

LA MORAL UTILITARIA

La influencia de la moral utilitaria ha sido perniciosa para el desarrollo de las artes. Al pensamiento y acción artísticas ha superado el vulgar afán del interés; y la meditación, necesaria y sesuda, ha sido reemplazada por el frío calculismo.

Pero hay una sincera ilusión, un vasto miraje en muchos de los iniciados (que persiguen puras finalidades en sus concepciones de belleza); y esto es pensamiento y acción que salva del dolor que ha llegado a tributarnos hasta querer dejar a veces que murieran, en el mundo interior, las realizaciones que nacían. Todo por la amargura que nos dejaban los tontos y egoístas que ambulan por ahí, embriagados por los triunfos efímeros de una moral que tiene por objeto la de vender—cual mercancía—hasta los vacuas líneas de sus ficciones en que se halaga y fomenta al vulgo en lo que le es enteramente pasional.

Oscar Alberto Ibarf

EN LA PELUQUERÍA



—No me limpie los dientes: afeitarme y nada más.

Las mujeres en la literatura. — Lucía (de Walter Scott), por Luis de OTEYZA

En las rubias, pálidas y esbeltas vírgenes del Norte han convenido los poetas encarnar el sutil espíritu de la delicadeza femenina. Y esto, a primera vista, parece que está bien; pero resulta que está bien a primera vista solamente. Por poco que se profundice en el estudio de la materia se ve que la poética aseveración no es cierta del todo.

Efectivamente... Notas de viajero, siempre más fidedignas que estrofas de vate—el viajero observa y el vate supone,—nos dicen que las señoritas septentrionales, a pesar de su esbeltez, su palidez y su aurinez, se tragan cada trozo de carne sangrienta y se atizan cada trago de cerveza espumosa que parece imposible les quepan dentro, con cuyo régimen tonificante se templan en cuerpo y en alma de forma tal, que si alguien las importuna pueden darle un "uppercut", un "cross" o un "swing" que le tiran rodando como una peonza. Y no es que pueden hacer esto, sino que lo hacen además.

Las rubias, pálidas y esbeltas vírgenes del Norte son gente de puños y de arrestos bastantes para emplearlos, cuando llega el caso, tan eficazmente como en el "ring" un boxeador. ¿Qué su aspecto frágil y apacible engaña a los poetas?... Lógico es que así ocurra, ya que los poetas siempre sueñan, teniendo sus ensueños siempre por base la mentira; pero nosotros no somos poetas... Afortunadamente, ¡y en buena hora lo digamos!

Nosotros somos críticos, esto es, observadores y analistas y con la observación y el análisis llegaremos a comprender, si ella nos da un rato de vida siquiera, el verdadero carácter de una figura de mujer sobradamente idealizada por la fantasía poética. Se trata de miss Lucía Ashtor, la creación literaria que para protagonista de su novela "La novia de Lammermoor" forjó el escritor escocés sir Walter Scott, echando en el molde todas las exquisiteces que encontró a mano, a pesar de lo cual... Pero no adelantemos los acontecimientos.

Walter Scott nos presenta a Lucía como la flor más delicada de cuantas abren sus corolas en las húmedas llanuras del Lothian, protegidas por las sombrías montañas de Lammermoor. Físicamente la describe así: "Sus rasgos bellos y algo infantiles habían nacido para expresar el espiritual sosiego. Sus cabellos de oro mate partíanse sobre una frente de extremada blancura, con el resplandor quebrado y suave del sol sobre la nieve. Su porte era en el mayor grado dulce, tímido y femenino, y antes parecía encogerse al recibir la mirada de un extraño que solicitar su admiración. Recordaba a las Madonas..." Y en lo que al espíritu se refiere, la hace digna del físico con que la ha beneficiado:

"En sus relaciones exteriores con las cosas del mundo, Lucía cedía fácilmente al impulso de los que la rodeaban..." "Abandonada a los sentimientos de su gusto, Lucía era particularmente accesible a los de índole romántica..." "Ocurre, por lo común, que carácter tan dócil que cede sin murmurar es porque sacrifica sus inclinaciones sin pesar y sin esfuerzo. Tal era el caso de Lucía Ashtor."

Así presentada esta encantadora joven, que, además, aparece en escena tocando el laúd y entonando una melodiosa cántiga, comienza su actuación, toda suavidad y dulcedumbre. Se enamora, como Julieta, del enemigo de su raza, un Romeo tétrico llamado Edgardo Ravenswood; pero todavía menos materialista que la amante veronesa, no se entrega a su amado, sino que le promete casarse con él o no casarse con nadie. Hasta aquí, Lucía se atiene en el orden espiritual a la equivalencia poética que sus condiciones físicas requieren.

Y luego también... Luego la vemos, sucesivamente, casta y tierna en su amor, mientras a él pudo dedicarse sin temores; resignada y tranquila cuando la oposición de sus deudos la separa de Edgardo, y dolorida hasta el punto de enfermar al creerse olvidada de su prometido, oyendo que éste piensa casarse con otra. Y aún, aún se conserva en el mismo plan pacífico un rato.

Un rato largo, durante el cual, convengo en ello imparcialmente, cualquier apacible persona, por poco de mal genio que tuviese, llegaría a perder la paciencia. Enferma de cuerpo y alma porque se cree abandonada y vendida en amor, la asedia Bucklaw con proposiciones amorosas, y su madre—la de ella—y su hermano—el de Lucía también—secundan el asedio del nuevo pretendiente con tanta inoportunidad como exceso de ardor. Sin embargo, Lucía no tiene otro rasgo de rebelión que el de negarse al matrimonio hasta recibir respuesta a una carta en que preguntará si de veras ya no la quiere su antiguo prometido. ¡Ah!... Y además consiente que sea su madre quien redacte la carta en cuestión.

"Esta carta, que, como comprenderéis, va llena de impertinencias y de agravios, hace acudir al ausente lleno de furor. Lucía le recibe aplanada, y recibe aplanada igualmente el chaparrón de injurias que la dedica Edgardo. Después, roto ya el compromiso que a sir Ravenswood la unía, deja que la unan con sir Bucklaw sin protestar casi.

De este modo vamos llegando al final de "La novia de Lammermoor" sin que en la espiritual y delicada figura de la protagonista aparezca la influencia vigorosa de los "bistekes" medio crudos y de los "bockes" rebosantes de espuma. Pero, ¡ay!, no termina la novela de Walter Scott sin que, al cabo, la rubia, pálida y esbelta miss Ashtor deje de demostrar las grandes aptitudes que para el boxeo poseen las vírgenes del Norte.

Lucía, resignada en apariencia, se casa con Hayston de Bucklaw. Tranquilamente acude al templo, dando la mano a su esposo; tranquilamente también asiste al baile de la boda, que abre bailando con su marido, y tranquilamente asimismo, al quedarse sola con el pobre Hayston en la cámara nupcial, le pega una puñalada que lo tumba patas arriba. Luego se muere ella; pero es lo que diría sir Bucklaw: ¡Caray, podía haberse muerto antes!

En el mismo trance que Lucía Ashtor se vió nuestra Isabel Segura, casada con otro que no era su amado Diego Marsilla, y se murió pacíficamente sin atentar contra la existencia de nadie. Así gana la partida a una señorita septentrional una señorita del Sur. Y eso que Isabel Segura no debió ser rubia ni pálida, porque las bellezas aragonesas suelen tirar a morena y tener buen color, y no fué de seguro esbelta, pues su momia, conservada en Teruel, parece mismamente la de un guardia civil.

Se ve, pues, que, contra lo que puede opinar la sobradamente idealizadora fantasía poética, no hay que considerar a la amada de Edgardo como encarnación del sutil espíritu de la delicadeza femenina. Aun admitiendo que fuera, según su autor la pintó, reina de las flores lindas y perfumadas que en Escocia se abren, y tiple además.

Pues, además,

Lucía era tiple
y Edgardo tenor,
cosa que ignoraba
sir Walter Scott;

pero que sabemos los admiradores de Donizzetti.



LAS ÚLTIMAS NEVADAS EN LA CAPITAL MENDOCINA



Un recodo del camino al Cerro de la Gloria.

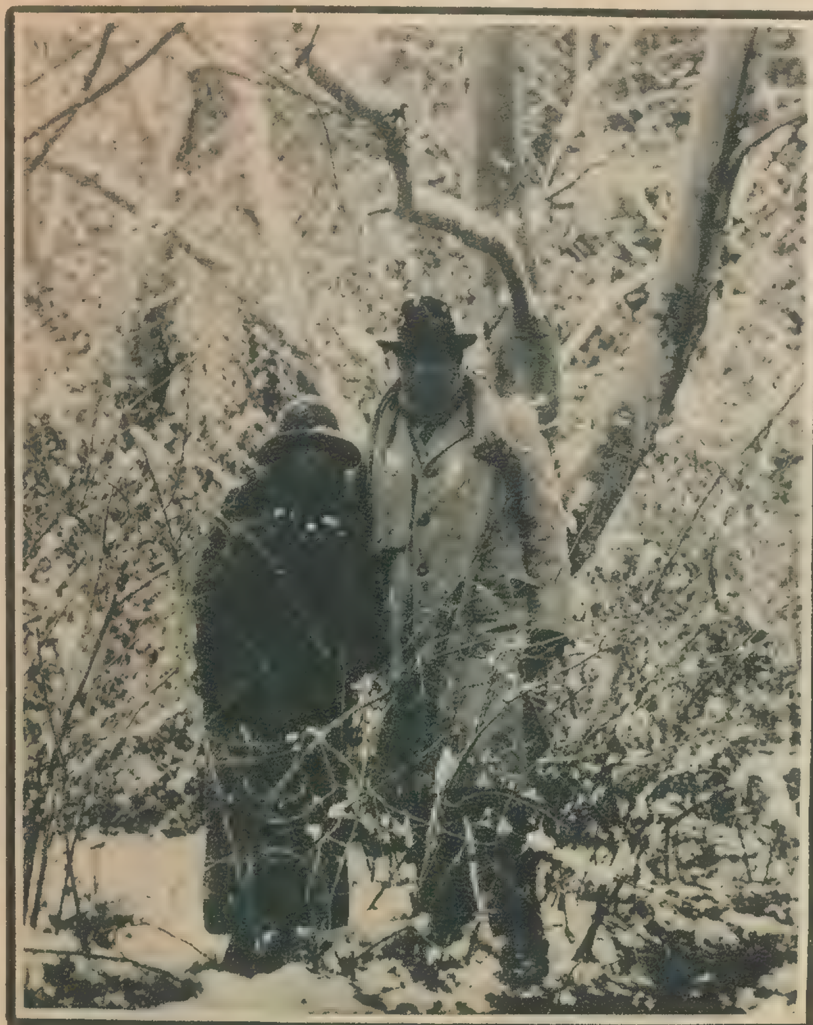


El gobernador de la provincia de Mendoza, doctor Carlos Wáshington Lencinas, y el diputado nacional señor José A. Núñez.



Señoritas Ana Elvira y Berta Guevara Civit.





Señor Enrique L. Ermacora y su esposa señora Rosa Guevara de Ermacora.

VIAJEROS DISTINGUIDOS



Doctor Julio Grober, profesor de la Facultad de Medicina de Jena (Alemania), y director del Instituto Físico-terapéutico de la mencionada facultad, que acaba de llegar a Buenos Aires, donde pronunciará algunas conferencias de índole científica.



Un detalle del Parque del Oeste.



UNA EMINENTE CONCERTISTA DE GUITARRA: JOSEFINA ROBLEDO



Señorita Josefina Robledo, notable guitarrista, cuyo debut en el Salón "La Argentina", se anuncia para hoy.

Creemos oportuno reproducir a continuación el juicio que el conocido astrónomo y literato, don Martín Gil, emite respecto al arte de la señorita Robledo y al popular instrumento que con tanto éxito cultiva:

"Mis distinguidos amigos:

Sus preguntas respecto a la guitarra y guitarristas, me toman algo desprevenido, pues desde la muerte de mi amigo inolvidable Carlos García Tolsa, el artista más extraordinario que hasta hoy haya conocido en este instrumento, casi abandoné del todo su estudio.

Como instrumento íntimo, personal, que exprese más directamente los delicados matices del espíritu, en ciertos momentos de expansión y sosiego, y en pequeño círculo, no creo que haya instrumento superior a la guitarra. En manos de artistas, resulta una orquesta en miniatura, de una intensidad rara, llena de pequeños recursos que encantan y sorprenden.

Paganini en sus primeros tiempos, fué guitarrista.

Berlioz, el complicadísimo Berlioz fué también un cultor de la guitarra, y en ese pobre instrumento, al decir de los que no lo conocen sino por las tapas, el gran músico se acompañó y tarareó sus intrincadas creaciones.

Los que hablan con gran desprecio de la guitarra es, porque no la conocen, por un exceso de pedantería musical.

Se insiste por ejemplo, en la pobreza de la guitarra y en la riqueza del violín, con dos cuerdas menos que aquélla y menos cuerpo también. Sin duda las comparaciones son siempre ingratas. Ante todo, para comparar, es menester colocar las cosas en el mismo plano. Ponga usted un gran violinista y un gran guitarrista a tocar por separado y sin otra ayuda que sus respectivos instrumentos, y notará la diferencia.

La guitarra canta y se acompaña; el violín canta solamente, como un canario abandonado en medio de un desierto. En tal caso, y siguiendo el símil, el gorgeo de un puñado de pájaros sobre un pequeño árbol florido, sería la guitarra.

Después de García Tolsa, escuché a Manjón, artista muy interesante—música de Sor aparte—y al joven Barrios, un revolucionario—no político, aunque es paraguayo—sino en manera de herir las cuerdas y en la calidad de éstas.

Barrios tiene talento y arrojo y un gran entusiasmo por el instrumento.

Ultimamente he escuchado de cerca a la concertista Josefina Robledo, célebre discípula del gran guitarrista Tárrega. Esta joven artista, con una naturalidad tan grande que casi le perjudica, porque el oyente no versado en la técnica del instrumento ni siquiera malicia las terribles dificultades que ella vence sonriendo, me ha producido una gratísima impresión. La escuché durante dos horas, con ese apacible deleite con que vemos correr un arroyo cristalino en nuestras sierras, serpenteando suavemente por entre violetas y botones de oro. Su característica es una intensa suavidad.

La faz más brillante y de efecto de la guitarra, el arpegio, le pertenece por completo a la Robledo. Los cinco dedos de su mano derecha, arpegiando en "La Mariposa" de Tárrega, conviértense en otras tantas mariposas blancas revoloteando en armonioso tumulto. El gran estudio en "re mayor" de Tárrega, ampliación magistral de un bello estudio en arpegios de Aguado, resulta admirable en manos de la Robledo.

Algo que parece imposible en la guitarra, las fugas de Bach, con sus modulaciones sin fin y esa especie de genial tartamudeo, destácanse con cierta gracia singular desconocida en el piano. Algunas pequeñas páginas de Schumann y Chopin, los dos románticos inmortales surgen como cuadritos iluminados por una luz de crepúsculo.

En fin, quien vaya a escuchar a esta artista, debe hacer a un lado toda idea de gran sonoridad efectista, y esperar, en cambio, una intensa suavidad de un brillo aterciopelado y opalino como el nácar. — **Martín Gil.**"





NOTAS GRÁFICAS ROSARINAS



Las autoridades de Rosario, presenciando la ceremonia de la jura de la bandera, realizada por los nuevos conscriptos del ejército

HOMENAJE A LA MEMORIA DEL DOCTOR ANGEL RIVELLI



Como un homenaje a la memoria del doctor Angel Rivelli, se realizó el día 2 del actual, en el cementerio de la Chacarita, el acto de la entrega, a la familia del extinto, de una bóveda construída con fondos recolectados por suscripción pública. — A la izquierda: el doctor Ricardo Bello, haciendo uso de la palabra, en representación de la "Biblioteca Angel Rivelli"; en el centro: grupo de personas que asistieron al acto; a la derecha: el señor Marcos Luis Pasture, hablando en nombre de los vecinos de la parroquia de Palermo.

Fot. R. Otero

DE LAS TERMAS DE RÍO HONDO



Señores Carlos Lugones, Miguel Pesce, diputado provincial Carlos Izaguirre y Amleto Donadío.

La familia del señor López Bustos, alojada en el Hotel del Alto

DE ROSARIO DE LA FRONTERA



Un interesante partido de bocheo femenino.



Familias de Victorica Roca y de Castillo.



Los que dan por terminada la temporada.



Señoras Margarita Viarce de Perkins y Elena Victorica de Roca.



Señoras de Frontini y de Macciá, señorita de Dubarry y señor Menéndez.



Leyendo una buena noticia.

Fots. Casteñeda.

EL BRASIL PINTORESCO



RIO DE JANEIRO. — Vista parcial del jardín de la antigua residencia del ex emperador Don Pedro II.



SAN PAULO — Criadero de víboras Butantan

Javier Silva.



LA DEMOCRACIA ESTADOUNIDENSE: UN SENADOR GRANJERO



El señor Magnus Johnson acaba de ser elegido senador por Minnesota (E. U.). Johnson es un modesto pero laborioso chacarero, que con su esposa y sus hijos realiza todas las tareas de su granja. La fotografía lo representa en momentos en que, ya elegido senador, ordeña sus vacas, en compañía de su esposa.

NOTAS MUNDANAS



Tres Arroyos. — La señorita María Esther Villador, que recientemente contrajo enlace con el señor Héctor Serra.



Capital Federal. — Enlace Amelia Pastorini Borio-Adolfo Lacoste Borio. Los novios después de la ceremonia nupcial.



Señorita Luisa Elena Castelli, cuyo matrimonio con el señor Alberto R. Carbone Oderigo, se realizó el día primero del corriente.

¿LUIS ANGEL FIRPO o JACK DEMPSEY?...

A tres días del gran match por el Campeonato Mundial de Boxeo, peso pesado, la expectativa de los aficionados, es realmente, intensísima. Cualquiera sea el resultado del encuentro, quedará siempre constancia de una de las más rápidas y brillantes carreras del pugilismo actual: la de Luis Angel Firpo, al llegar, por virtud de méritos propios, indiscutibles, a la disputa del título máximo.



El último retrato de Firpo, tomado en los Estados Unidos y publicado por un diario norteamericano, que comenta esa sonrisa atribuyéndola a los dólares ganados en el match con Williard o a la perspectiva de vencer a Dempsey.







Tres fotografías del campeón sudamericano, obtenidas en Buenos Aires, cuando se entrenaba, de regreso de Chile, para sus primeros matches en esta. Pocos creían, entonces, en el fuerte ...



Jack Dempsey, de riguroso monóculo, rindiendo culto a la elegancia.



Un poco de medicine-ball, en la cancha del club K. D. T., en Palermo.



Firpo, sorprendido en su guardia favorita, en el local del Universitario.



Una cómica exhibición de Dempsey, a bordo, durante su viaje a Francia.



El último match del campeón. Antes de iniciar su encuentro con Gibbons.

Fotos "Crítica" y Márquez.



ACTUALIDAD ITALIANA

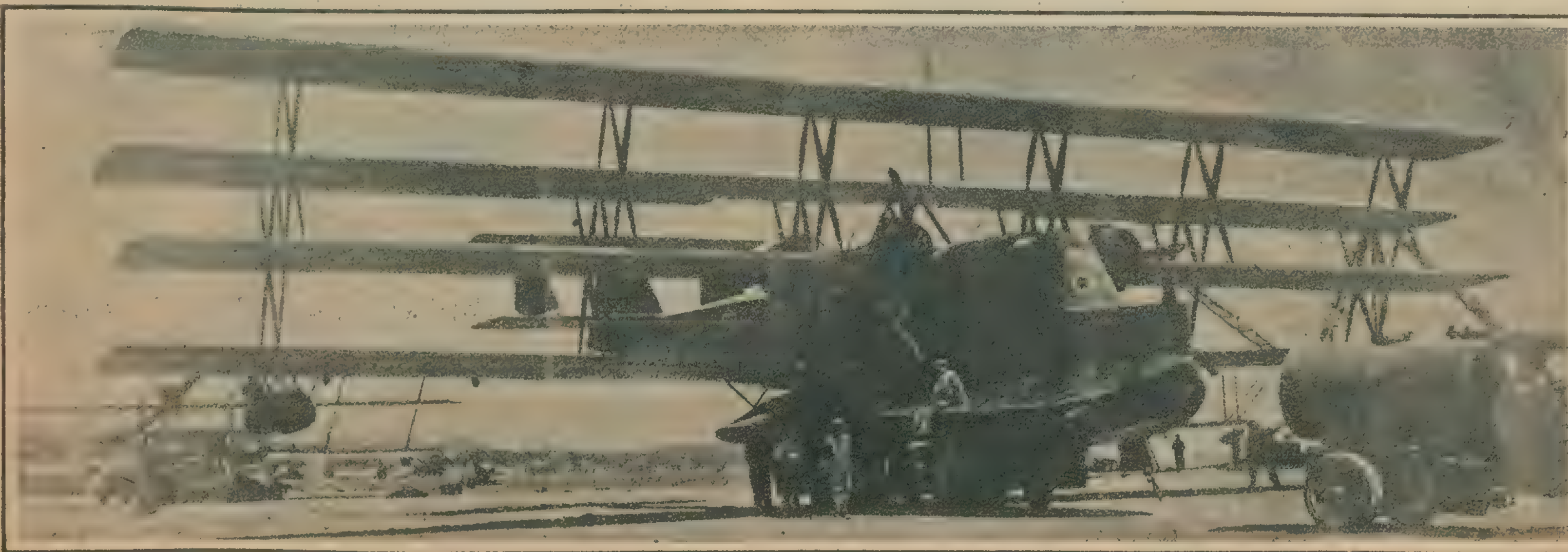


Monumento a los soldados italianos de la reciente guerra, erigido en Porta Romana, Milán. De magnífica concepción, el monumento representa a un soldado moderno herido, sostenido por dos de sus antepasados.



La moda en Italia. Uno de los modelos de primavera, lucido en los jardines del Hipódromo de San Siro, en Milán.

PROGRESOS DE LA AVIACIÓN



Este gigantesco hidroplano es el agregado más reciente a las fuerzas aéreas de Francia. Es impulsado por cuatro motores. Está destinado a la marina y fué ensayado con todo éxito en Saint-Raphael.

NOVEDADES DE LA PANTALLA



Tres interesantes escenas de la película ''La malquerida'', inspirada en la célebre obra del mismo título, original del insigne dramaturgo español don Jacinto Benavente. En esta cinta, cuya exhibición se anuncia para dentro de pocos días, bajo los programas de la Corporación Argentino-Americana de Films, interpreta el papel de protagonista la notable artista Norma Talmadge, haciéndolo con toda la maestría de que es capaz su rico temperamento







ARTISTAS ARGENTINOS:

SANTIAGO MADERAL



"Rincón de la playa".



El pintor argentino Santiago Maderal, a cuyo pincel pertenecen las obras que reproducimos en esta página



"Mañana de otoño".



"Tarde de invierno".



LOS AUTORES TEATRALES DE LA TEMPORADA: ARTURO CANCELA

Doctor José S. Salinas: ahí tiene usted al autor de "El origen del hombre", caricaturado por Juan Antonio Sanguinetti.



Notas santiagueñas: LA BANDA



La entrada del puente sobre el Río Dulce, en la línea del F. C. C. A. entre La Banda y Santiago del Estero.



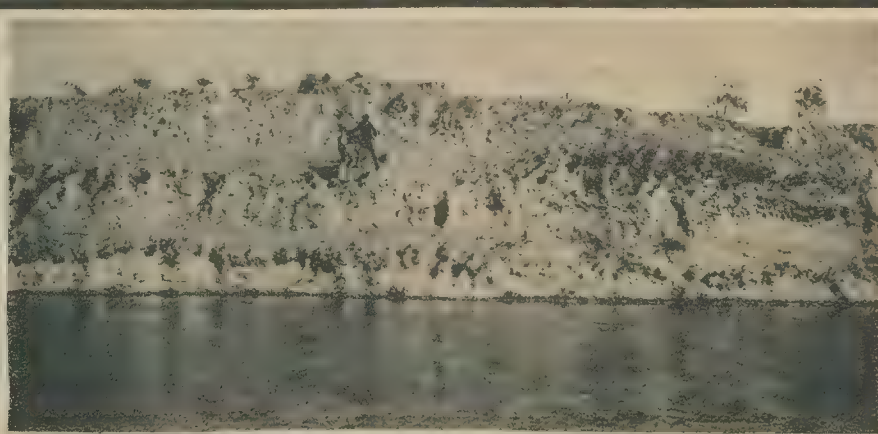
Vista del canal del sud, que hace las veces de balneario popular, por carecer dicha localidad de piletas de natación.



Otro aspecto del puente sobre el Río Dulce. En primer término puede observarse la parte que fué arrasada por las últimas crecientes, y reparada algún tiempo después.



Compuerta de la bocatoma del Canal de la Cuarteada.



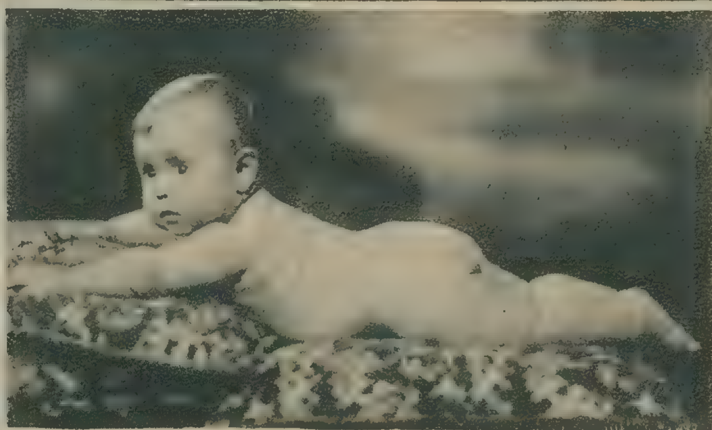
Un detalle de las pintorescas barrancas del Canal de la Cuarteada, que sirve de irrigación a la zona más productiva de la provincia.

Fots. Bertuzzi.

GENTE MENUDA



Jorge Norberto Gorrini.



Electra López.



Elida y Nelly Ortelli.



De la estada de los footballeres genoveses



Algunos de los jugadores italianos, rodeados por miembros de la Comisión Directiva del "Club Atletico Banco de Italia", momentos antes de servírseles el lunch que dicho Club les ofreciera, en ocasión de su visita al "field" del mismo, antes de disputar el partido contra el "Club Banco Italo Sud Americano".



Team del "Club Atlético Banco de Italia", que con motivo de la visita de los jugadores italianos al "field" de dicha institución, sostuvo un match de campeonato por la "Asociación Bancaria Argentina de Deportes" versus "Club Banco Italo Sud Americano", el 18 de agosto pasado, venciendo el primero por 4 a 0 goals. De pie: A. Sacardo (referee), Graso, Paternolli, Ranzato, Bianchi, Vignolo, Turolla, Folco (linesman). — Sentados: Panighini, Pazos, Scarponi, Petit y Puricelli.

Là intelectualidad femenina

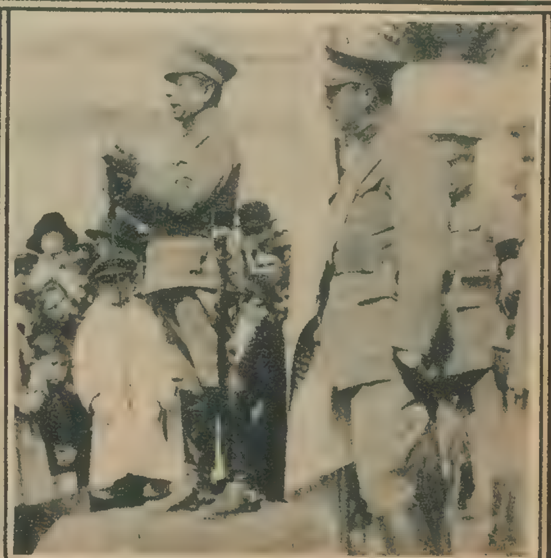


La hermana M. Fides Shepperson, primera mujer que ha recibido el título de doctor en filosofía en la Universidad de Pittsburgh (Estados Unidos.)

La jura de la bandera en el regimiento 20 de infantería Cazadores de los Andes



Jujuy. — Durante la celebración de la misa de campaña oficiada con motivo de dicha ceremonia y en el mismo sitio en que Belgrano hiciera jurar la bandera en 1812.



El jefe del regimiento 20 de infantería, teniente coronel Salvador Espinosa, leyendo una alocución patriótica al iniciarse el acto.

VIDA TEATRAL



La soprano argentina, señorita Isabel Marengo, que constituye una bella realidad artística.



Carlos Alberto Leumann, el celebrado autor de ''Adriana Zumarán'', que hizo también con el mismo éxito sus primeras armas teatrales (''El Novicio'') y que según noticias que nos llegan—de muy buena fuente—tiene listos otros tres actos.—(Magistral caricatura de Huergo).

Triunfan nuestros artistas en Europa. Triunfa lo argentino en todas las artes. Una rápida ascensión de compatriotas nos da prestigio en el viejo mundo. En pintura, en música, en todas las bellas artes, imponemos en el extranjero la característica de lo argentino: De los triunfos de compatriotas allá en lontanas tierras, donde se consagran celebridades, uno queremos destacar. El cable trajo la buena nueva. Ha sido contratada, recientemente, en Italia, para cantar en el teatro Scala, de Milán, la soprano argentina señorita Isabel Marengo. ¡Cantar en el Scala!... He aquí el supremo deseo de los artistas en formación. Llegar al primer teatro lírico del mundo, significa para los cantantes el tradicional espaldarazo, que otrora ungía caballeros... La señorita Marengo cantará, pues, en el teatro de la Scala. ¿Cuándo? No lo anuncian los cablegramas europeos. Será muy pronto, sin duda.

Isabel Marengo hizo sus primeros estudios líricos en Buenos Aires. Es porteña, es joven... y no es fea. Pertenece a una conocida familia de Barracas. Hace dos años partió a Italia y allí perfeccionó sus condiciones vocales. Maestros afamados de Milán, pulieron, cual artífices, el diamante aun impuro de su voz. Poco a poco, merced a una especial contracción y perseverancia, la artista alcanzó notables progresos. No vacilaron los críticos autorizados en juzgarla encomiablemente. Meses atrás obtuvo halagüeños éxitos al estrenarse en la ciudad de los ducs: Venecia, la pintoresca y poética capital de Yago, arrulló con sus primeros aplausos a la artista argentina. La consagraron sus diarios como cantante eximia.

Ahora, el triunfo espera a nuestra compatriota en el Scala, de Milán. Será la primera vez que una cantante argentina pisará ese templo de Talía. Y ello debe—¡claro está!—enorgullecer nuestro nacionalismo...

L. M. A.

ALREDEDOR DEL MUNDO



El rey de España recibe de la reina Victoria la copa ganada por su team de polo en el partido jugado en Puerta de Hierro.



Entre los negros africanos existen también manifestaciones de legítimo arte, como lo demuestra esta puerta de verja, procedente del norte de Nigeria y expuesta en el Museo de Brooklyn, de madera esculpida, y cuyos barrotes representan azagayas y otras armas de guerra.


R Mánica

El cadí y el depositario infiel

por Lida BENT-SAID

Si-Omar, el docto viejo de barba blanca, la cabeza tocada con un turbante de seda, está sentado en el suelo ante mí, y en la paz de la tarde, que huele a jazmín, bebemos el te.

Le ruego que me cuente alguna historia sobre la sutileza de los árabes, y Si-Omar sonríe. Adivino que registra en su memoria, hasta que encuentra una que enaltece los méritos esenciales del árabe.

—He leído—me dice al fin—la historia siguiente:

"Antes de marchar de viaje, un hombre confió su fortuna a un pastor de la aldea. Cuando volvió reclamó el depósito; pero En Naceur le respondió tranquilamente:

—Yo no he recibido nada; tú has soñado.

Consternado, Admed marchó a casa del cadí.

—Señor cadí, me entrego a Dios primero y a tu justicia a continuación. Mira mi desgracia: yo dejé mi fortuna en las manos de un hombre sin fe. Él se niega a devolvérmela, y estoy arruinado.

Este hecho tan brutal hizo fruncir el entrecejo al cadí; pero terminó por decirle a Admed:

—Vuelve a tu casa, y mañana volverás a reclamar su deuda al que te ha robado.

Poco después de marcharse Admed, el cadí hizo llamar al ladrón, que tembló de espanto.

—Naceur—le dijo,—yo sé que tú eres un hombre honrado. Tu palabra es sagrada y el eco de tu honorabilidad ha llegado hasta mí. Por tanto, quiero servirme de ella.

Naceur oía asombrado estos elogios.

—Debo partir—añadió el cadí—dentro de dos días para la Meca. ¿Podrás tú guardarme fielmente durante mi ausencia un importante depósito?

—¡Oh, señor cadí!; mi modesta morada se honrará siendo depósito de vuestra confianza.

—Mañana, pues, haré que lleven a tu casa, sobre un mulo, una caja de joyas preciosas y un gran saco de oro... Tú los guardarás hasta mi vuelta. En cambio de tus servicios, te daré por adelantado diez piezas de oro, y otras tantas cuando vuelva del viaje.

Naceur, alborozado, quiso abrazar al cadí.

Y por la noche soñó que era el sultán...

¡Pum, pum, pum!, sonó en la puerta, de madrugada.

—¿Será ya el mulo del cadí?—pensó al despertarse sobresaltado.

Pero su sonrisa desapareció al ver que era Admed el visitante matinal. Y pensó: El que tiene la confianza del cadí, ¿puede guardarse el dinero de otro? ¿Qué pasaría si se enterase el cadí de su robo? ¿Le dejaría el suntuoso depósito?

El bribón no ignoraba que no se puede comer un espléndido pastel sin dejar caer las migajas.

Así, le dijo haciéndose gran violencia:

—La salud sea contigo, Admed.

—Contigo sea la salud—respondió cortés pero fríamente Admed.

Y agregó:

—He venido, En Naceur, para reclamarte todavía una vez el depósito que te confié. Ayer no quisiste acordarte de él; ¿lo reconoces hoy?

—Admed, perdona la broma de un verdadero amigo; yo quise probar hasta dónde llegaba tu amistad.

Y Naceur, elevando al cielo las manos, mientras que una mirada aguda de sus ojos amarillos desmentía las palabras, agregó:

—Admed, amigo mío; tu fortuna está en mi casa, y voy a devolvértela.

Desapareció detrás de una cortina de lana y volvió poco después con un gran cofre sobre los hombros.

—He aquí tu fortuna—le dijo.—Permíteme que te ayude a cargar el cofre sobre tus hombros. Es decir, si no prefieres enviar a buscarlo...

—No, no—contestó vivamente Admed, a quien asustaba dejar allí su fortuna;—lo llevaré yo mismo.

Y con un rápido esfuerzo se cargó el cofre.

—¡Que Dios te proteja, En Naceur! —dijo, y, lleno de contento, se marchó a su casa.

Pasaron los dos días anunciados por el cadí, y tres y cuatro; pero el mulo derrengado por el peso de las riquezas no aparecía. El espíritu de En Naceur galopó cien veces al día de su casa a la del cadí... ¿Qué pasaría? ¿Habría retrasado su viaje el cadí? ¿Habría cambiado de pensamiento? ¿Y si hubiera depositado su confianza en otro hombre?...

El quinto día no pudo contenerse En Naceur, y fué a casa del cadí.

—Señor cadí—le dijo tembloroso,—he esperado la señal de vuestra confianza, y no ha llegado.

—Ni llegará, En Naceur, porque Alá me ha dado la sutileza para distinguir a los bribones. ¿No sabes que he leído la malicia en tus ojos? Tú has querido robar a Admed, el hombre justo, que depositó su confianza en ti. Pues bien; para que le devuelvas su fortuna he alimentado un momento tu amor al oro. Pero el juego ha concluído, y he ganado yo. ¡Vete!"

—La historia está terminada—dijo el viejo.

—Se diría que es una historia infantil.

—Es que la sutileza es sencilla como los niños. Los malos corazones se quiebran contra ella.

Y al decir esto, el viejo cadí cogió una blanca flor de jazmín y respiró su aroma largamente.

TODO ES SEGÚN EL COLOR...



—No se quede por aquí. Es sitio frecuentado por muy mala gente: siempre está lleno de vigilantes.

Record de vuelo

Un nuevo record en el vuelo de aviones, sin parada, se verificó el 3 de mayo último, en que el monoplano T-2, piloteado por los tenientes Oakley G. Kelley y John A Macready, aterrizó en San Diego de California, después de haber salvado la distancia de Hempstead, Long Island, en la costa este de los Estados Unidos, a San Diego en 26 horas y 50 minutos. Esta distancia de más de 2.700 millas (kilómetros 4.344) es mayor en 1.609 kilómetros que la recorrida por el capitán Alcock y el teniente Brown en su travesía del Atlántico en 1919. Kelley y Macreaday lograron la velocidad media de 161 kilómetros por hora. Durante la primera hora, el vuelo parecía predestinado al fracaso, pues declaróse un desarreglo del motor y hubo que cambiar un conmutador. A ello siguió un momento de angustia, pero el gran motor Liberty se ajustó pronto, y el resto del trayecto se hizo sin entorpecimiento mecánico alguno y al 90 % de toda la potencia.

Este nuevo record en el vuelo constituye el punto culminane de notabilísimo año de la aviación de los Estados Unidos, año caracterizado por no menos notable adelanto en el modelado, construcción y funcionamiento de los aviones. Durante el año, muchos Estados instituyeron comisiones de aviación y decretaron leyes provisionales para regularizar el tráfico, y ahora se está formando un proyecto de ley federal que disponga la organización de una oficina de aviación civil en el Ministerio de Comercio, que promulgue y administre un código de aviación, que empadrone pilotos y aeroplanos y expida certificados a unos y otros, que fomente la construcción de puertos aéreos públicos y que trace una red de rutas aéreas sobre los Estados Unidos.

Además del record en el vuelo sin parada, se han hecho otros records en los Estados Unidos durante el pasado año. En octubre el brigadier William Mitchell, en un biplano Curtiss, voló a razón de 224.58 millas (kilómetros 361.34) por hora en línea recta, batiendo así el record de millas 213.575 por hora (kilómetros 343.64) alcanzado un mes antes por un aviador francés. En el mismo biplano, el teniente R. L Maughan, del servicio aéreo del ejército, ganó el premio Pulitzer, volando 250 kilómetros en circuito cerrado, con quince vueltas, a una velocidad media de 205.8 millas (330 kilómetros) por hora. En este vuelo batió también los records anteriores de vuelos cerrados y en línea reca de 100 y 200 kilómertos, y otros seis aeroplanos norteamericanos batieron los records de 50 y 100 kilómetros.

La tortuga más grande

En Filadelfia se ha exhibido una tortuga de proporciones realmente gigantescas. Medía más de 2 metros 25 centímetros de largo, por 2.74 de ancho, y después de sangrarla, pesaba unos seiscientos kilos.

Dicho quelonio puede ser considerado como el más grande encontrado hasta ahora. Su captura fué de las más emocionantes. La descubrieron en aguas de Boon Island, en la bahía de Casco, cuatro hombres que tripulaban una barca de pesca. Uno de ellos pudo echarla al cuello un nudo corredizo, pero el reptil arrastró la pesada embarcación hacia alta mar, remolcándola durante cuatro horas, y se tardaron ocho en conseguir, tras de muchos esfuerzos, que el monstruo se causase y pudiese ser llevado a la playa de la isla.

PUCHITOS

Se ha comprobado que en la boca de un individuo se producen fenómenos de electricidad a consecuencia de la presencia de los metales utilizados en las emplomaduras.

Por ejemplo si tiene un diente obturado con oro y otro con una liga en la que entran diversos metales, resulta una disposición idéntica a la de una pila en la que las dos masas metálicas constituyen los dos elementos y la saliva hace de conductor de la electricidad. Entonces el metal menos noble, atacado por la misma corriente que contribuye a producir, se desprende en parte en el líquido que lo rodea y pierde peso y volumen. La corriente que en ese caso pasa entre diente y diente alcanza a veces la tensión de medio voltio. La corriente de una pila común suele ser de un voltio.

* * *

En la Edad Media, la justicia recurría a procedimientos indagatorios estúpidamente supersticiosos, pero que, al parecer, la dejaban satisfecha.

Por ejemplo, se encontraba un hombre asesinado; el cadáver era colocado en la nave de una iglesia, y se le hacía rodear por los parientes, los amigos, los enemigos conocidos y las personas sospechosas. Luego cada uno de los presentes se adelantaba y tocaba el cadáver. Creíase que al tocarlo el culpable, empezaría a manar sangre de las heridas del muerto.

* * *

Una de las curiosas consecuencias del reciente golpe de estado búlgaro es la de que en las ciudades de ese país ha reaparecido la moda de los tacos altos y las polleras cortas. El jefe del gobierno derrocado los había prohibido.

* * *

Hasta hace algunos años existía en Londres y probablemente existe todavía una casa de modas para perros. Confeccionaba "trajes" lujosísimos, imitando con una ridiculez que los dueños de los perros no advertían, las modas humanas. Vendía así desde la "toilette" de luto, de terciopelo negro con forro de seda negra, hasta el traje de viaje, de lana escocesa, con bolsillito para el billete de tren. No faltaban camisas de dormir, trajes de baño ni joyas. Estas eran collares de cuentas y brazaletes para colocar en las patas de los pichichos. Algunas de esas toilettes completas costaban hasta seiscientos pesos de nuestra moneda.

* * *

En Leipzig, un grupo de estudiantes de ciencias naturales y de medicina, afligidos por la situación económica, que no les permitía proseguir sus estudios, crearon con la colaboración de algunos profesores, un taller para fabricar instrumentos de estudio y otros objetos para la venta. Dotados, por un donante, de un capital inicial de 400.000 marcos, ganaron 9 millones de marcos en seis meses y distribuían mensualmente al principio del año, medio millón de marcos en salarios. Fabrican preparaciones microscópicas y anatómicas, hacen análisis de utilidad agrícola y confeccionan ilustraciones y ejemplares de museo para las escuelas y el público. Una parte de las ganancias se destina a adquirir libros e instrumentos de estudio. La Universidad pone locales a disposición de estos estudiantes obreros. Un banco les asegura la gestión financiera.

* * *

El doctor Paul Eve ha referido en una revista médica inglesa el caso de un individuo para quien el dolor era completamente desconocido. Este hombre, que murió a la edad de cincuenta y seis años, sólo en su última enfermedad sintió un poco de dolor. Cierta vez en un accidente se aplastó un dedo: tranquilamente se lo amputó con una navaja. Fué objeto de dos operaciones quirúrgicas: una de cataratas y otra de un absceso, y rehusó la aplicación de anestésicos; declaró que durante la operación no había experimentado el menor dolor.

* * *

Según dicen, las hojas de helecho cortadas para hacer ramos, se conservan frescas durante días, si en seguida de cortadas son sumergidas en agua y se las tiene así, en un lugar obscuro durante un par de horas.

* * *

Uno de los más inquietantes misterios del mar es la desaparición de barcos de los cuales jamás se vuelve a saber nada. Probablemente con el empleo de la radiotelegrafía esos casos serán menos frecuentes que en otros tiempos; por lo menos se sabrá la causa de su desaparición. Entre los casos más impresionantes se cuenta el del trasatlántico "Ciudad de Glasgow", que partió del puerto de Liverpool con 480 personas a bordo. Desapareció en el océano y jamás se supo nada de él. Dos años después, el "Pacific", partió del mismo puerto, con 240 personas y desapareció sin dejar huellas.

Cinco años después, en 1859, uno de los más grandes barcos de pasajeros de su tiempo, el "Tempest" se sumó a la lista de los barcos misteriosamente desaparecidos. En 1870 causó gran sensación la desaparición del "City of Boston", otro gran barco también que efectuaba el viaje entre Liverpool y Nueva York con crecido número de pasajeros y tripulantes.

Circularon rumores de que se había colocado a bordo una máquina infernal destinada a explotar en medio del Atlántico.

* * *

Durante la guerra Inglaterra fabricó gigantescos salvavidas capaces de soportar cincuenta personas. Algunos de esos salvavidas han sido colocados últimamente en el Támesis para el servicio y el solaz de los bañistas.

* * *

Tres cuartas partes del vino que se consume en el mundo lo produce Europa.

* * *

Debido a la mayor densidad de la materia terrestre en el centro, la fuerza de gravedad aumenta a manera que vamos profundizando.

* * *

Según Parsons, abrir una boca de 20 kilómetros de profundidad, costaría más de 25 millones de pesos oro.

* * *

En Bélgica, para halagar a Francia se ha cambiado el nombre de Waterloo a todas las calles, plazas, etc., que lo tenían.

* * *

Las bibliotecas públicas que la municipalidad de Madrid ha instalado en algunos parques han obtenido un éxito muy grande.

* * *

Es muy fácil grabar leyendas en el cascarón de huevo. Basta con escribir con grasa o cera, y sumergirlo luego en un ácido atenuado, como por ejemplo el vinagre.

POR FUERZA MAYOR



—¿Por qué vienes a la escuela tan despeinado?
—No tengo peine, señor.
—¿Y no has podido usar el de tu padre?
—No, señor; papá es calvo.

PARA LAS DUEÑAS DE CASA

Conocimientos útiles

Para preservar la mantelería cuando comen niños a la mesa, es muy conveniente poner en su sitio, debajo del plato, un trozo de hule blanco que se limpia y se quita después de la comida, evitando de este modo que se manche el mantel.

Cuando se enrolla un tapete de hule, una pieza de cuero charolado u otro material por el estilo, y ha de tenerse mucho tiempo en esta posición, conviene enrollar al mismo tiempo y en su interior un papel previamente impregnado en parafina. Con esta precaución, se evita que el material se pegue y que pierda el color.

Para que las lámparas de petróleo den luz más clara y más brillante, conviene echar en el depósito un trocito de alcanfor, y si no se dispone de este producto, unas gotas de vinagre producen efecto semejante.

Los cacharros de hojalata nuevos deben frotarse con manteca de cerdo y meterse en un horno antes de usarlos, porque de este modo duran más y no se oxidan aunque se pongan en contacto con el agua.

La muselina bordada se plancha por el revés para que se levante el bordado. Del mismo modo se plancha si es moteada, a no ser que las motas estén muy separadas, en cuyo caso es mejor plancharla por el derecho para darle brillo, y después por el revés de las motas.

Para las muselinas de color no debe emplearse la plancha demasiado caliente, porque puede estropearse el tinte. La presión ha de ser ligera, levantando la plancha las menos veces posible. Hay que planchar hasta que el tejido esté perfectamente seco y luego tenderlo para que se oree, porque si no se pone asturado. Si tiene encajes se planchan éstos antes, y si se queda demasiado tiesa, se humedece de nuevo y vuelve a plancharse.

Al hacer el almidón conviene echarle un poco de trementina, porque de este modo da mucho más brillo a los cuellos, puños y pecheras.

Los objetos de lana se secan mucho mejor y más pronto no retorciéndolos después de lavados, sino colgándolos de una cuerda tal como salen de la artesa. Si el secado se verifica en esa forma no se encoge el tejido lo más mínimo.

Para quitar el olor de las heladeras. —El único procedimiento para hacer desaparecer el olor característico de los recipientes donde se guarda hielo, es un lavado general con agua y jabón, añadiendo un poco de cloruro de cal. Cuando está seco aparecerá sobre el cinc un depósito blanco que debe quitarse con papel de lija. Es una operación algo cansada y que si se repite muchas veces, puede llegar a desgastar la hoja de cinc, pero si se hace bien una vez no es preciso repetirla con frecuencia.

La cocina

CARNERO VERDE

Se corta el carnero en tajadas como huevos de paloma, y se cuece bien en agua. En tanto, se pica muy menudo perejil, hierbabuena, cilantro verde o seco, un migón de pan duro, un diente de ajo, cominos, sal, pimienta y nuez moscada.

Se maja todo muy bien en un mortero y se moja con vinagre y caldo para facilitar la operación.

Cocido ya el carnero, se coloca en una cacerola y se le agrega la salsa preparada, alargada con el agua en que coció la carne, dejando hervir lentamente durante media hora. Después se incorpora tocino cortado en pedazos como piñones, y un poco de cebolla muy picada. Se dan tres o cuatro hervores fuertes y se presenta a la mesa con adorno de picatostes y yemas de huevo duro.

Este era uno de los platos clásicos del siglo XVII.



El marido (a la mujer que está aprendiendo a manejar).—¡Pero, mujer! ¿No veías el árbol?
La mujer.—Sí; y he tocado la bocina.

JAMON ENCEBOLLADO

Se rehogan y doran magras finas y delgadas de jamón en manteca de cerdo, y, luego, se van remojando sucesivamente en dos tazones llenos de agua fría acidulada con vinagre.

En la grasa del rehogo se fríen doce cebollas de tamaño mediano, recortadas en forma de dados.

Cuando la cebolla está pasada se añade una cucharada de harina y se hace una salsa rubia, blanca que se moja y liga con el agua avinagrada. Se incorporan las magras de jamón y se cuece todo a fuego lento y en cacerola tapada durante media hora.

HIGADO DE TERNERA A LA HORTELANA

Escoger una buena pieza de hígado de ternera, mecharla con bastante tocino, y breséese a fuego fuerte en una cacerola con manteca, cebolla, laurel, tomillo, ajos, perejil en rama, pimienta en grano y clavos de especias.

Al quedar todo bien rehogado, se moja con vino blanco y tinto en iguales cantidades, la sal; redúzcase la mitad del vino y aumentar una buena cantidad de tomate, tapar la cacerola, y déjese cocer durante dos horas próximamente.

Aparte se hará una guarnición de patatas moldeadas y cebolletas, salteadas con manteca, sal y al final finas hierbas, y se meten en el horno.

Al quedar el hígado cocido, se traspasa a otra cacerola, pasando la salsa por un colador chino, después de haberla desengrasado.

Sírvase el hígado cortado en pedazos y colóquese en igual forma en la fuente; en las dos puntas de la fuente se colocará la guarnición de cebolletas y patatas. Salséese con su propia salsa.

LA SALSA DE WORCESTER

Se hace con onza y media de pimienta de Cayena, 200 gramos de vinagre, cuatro cucharadas grandes de salsa india, ocho cabezas de ajo, ocho chalotas y nueve o diez anchoas.

Se machacan juntos todos estos ingredientes, humedeciéndolos poco a poco con el vinagre, se tamizan y se embotellan, añadiendo unas gotas de aguardiente.

La salsa se conserva bien tapada y no se puede emplear hasta pasadas tres semanas de haber sido confeccionada.



—¿Sabes la desgracia que le ha ocurrido a Luisa?
—No. ¿Qué le ha pasado?
—La pobre se ha escapado con mi marido.

Valor higiénico de la fruta

Conocidos son los efectos saludables de la fruta sobre el cuerpo humano; sólo ingeridas con exceso llegan a ser nocivas ciertas clases de frutas. El limón es la perla entre las frutas: purifica la sangre y penetra en todas las mucosas y glándulas del cuerpo, purificándolas. Usándolo continua y moderamente, su jugo llega a reavivar hasta los puntos atrofiados de la mucosa, como se ha observado bastantes veces en gargantas enfermas.

El limón disuelve formaciones litiásicas, concreciones reumáticas y gotosas y mata las formaciones fungosas (difteria). Su acción provoca la contracción de los vasos sanguíneos, en lo que consiste su fuerza hemostática y su facultad de fomentar el regreso de la flebectasia.

Higos y dátiles son excelentes alimentos; pero, al secarlos, pierden gran parte de sus cualidades. En estado fresco los granitos de los higos son sanos; pero, secados, obstruyen fácilmente los canalitos de los riñones y del hígado. La acción de la naranja es más suave que la del limón. Su jugo también penetra en las mucosas, pero obra más electrizante. Las cortezas de naranja y limón contienen los mismos principios amargos electrizantes que los melocotones, pero mucho más concentrados, y empleados parcamente surten los mismos efectos.

La manzana, una de las clases de fruta más cultivada, contiene mucho hierro, y es de recomendar, por lo tanto, en la anemia como medio auxiliar para la formación de la sangre. Es rica en oxígeno, que pasa a la sangre, con lo cual facilita la actividad de los pulmones en los estados asmáticos; pero ante todo nutre el bazo y por medio de éste el cerebro. De ahí se derivan los brillantes éxitos que se han logrado en enfermedades nerviosas mediante la nutrición con pan de cebada y manzanas. Por la misma razón pasa la manzana por ser un excelente calmante y medio somnífero.

La pera es muy nutritiva y contiene mucha cal para la formación ósea. Se disuelve principalmente mediante la saliva y es expelida por los riñones; por eso su acción es más diurética que la de otras frutas, pero mal mascada molesta y produce obstrucción del estómago y del intestino, y al existir un riñón débil, obstruye también los finos canalículos urinarios.

Las ciruelas son muy nutritivas: obran poderosamente sobre el intestino; pero, estando éste irritado, produce diarreas. Limpian los pliegues del intestino, pero a causa de la propensión a fermentar que tiene su corteza, provocan fácilmente flatulencia e hinchazón del vientre. Por eso es preferible pelar las ciruelas.

Melocotones y albaricoques animan las paredes del estómago; asimismo obran favorablemente sobre el pulmón y el hígado, favoreciendo la secreción de la hiel. De particular valor resulta la corteza de ambas clases de fruta.

Las uvas purifican la sangre, el pulmón, el hígado y el bajo vientre.

Las fresas son ricas en fósforos; por lo tanto, son un excelente remedio para los nervios. Ingerida en demasía excitan la sangre hasta producir fiebre (fiebre urticaria). El tomate tiene su puesto entre la fruta y las legumbres. Su jugo pasa por los riñones y el bazo, limpiando la sangre y los nervios. En casos de eczemas, herpes, sarpullido y toda clase de manifestaciones de sangre impura, su acción supera a la de la fruta.

Las nueces dan grasa a los nervios, sobre todo el coco maduro. Las cortezas de la almendra contienen ácido prúsico, por lo cual atacan fácilmente los ligamentos superiores de la glotis, causando ronquera. Las avellanas son las nueces más finas y sanas.

Medalla de la familia francesa

Cuando fué presidente M. Paul Deschanel, firmó un decreto creando la "Medalla de la familia francesa", cuyo objeto es rendir homenaje al mérito de las madres que educan dignamente numerosos hijos, testimoniándoles el reconocimiento de la nación.

Esta medalla es de tres clases: de bronce para las madres que hayan educado simultáneamente cinco hijos legítimos vivos; de plata para las que tengan, en iguales condiciones, ocho hijos, y de esmalte, para las que tengan diez. ¡Ya puede ser prodigioso el esmalte!

Cómo naufragan los barcos

¿Puede un gran barco moderno naufragar en alta mar por efecto de una tempestad? Teóricamente, es imposible: el arte de las construcciones naváles ha hecho progresos asombrosos. Los barcos de hierro o de acero constituyen un conjunto homogéneo, sólido, casi elástico, y los tabiques, las divisiones transversales, la adopción de doble hélice, excluyen aquel peligro.

Por consiguiente, si exceptuamos los casos de colisión, de encallamiento, de incendio o de explosión, un barco moderno parece protegido con toda seguridad contra los peligros ocasionados por el mal tiempo.

Sin embargo, son muchos los navíos de gran porte que naufragan cada año, sobre todo en la estación invernal. ¿Cómo? Para explicarlo examinaremos primero las condiciones en que se encuentra un barco durante un huracán.

El punto débil de los barcos está constituído por las carlingas que son las aberturas practicadas en la cubierta para recibir la carga que va a las estibas.

Antes de partir un barco, las carlingas son cerradas y aseguradas por gruesas vigas, a manera de trancas, y cubiertas las junturas con gruesas lonas alquitranadas. Esas vigas se afianzan en el borde metálico de la abertura que tiene cerca de medio metro de altura sobre la cubierta.

Pero puede ocurrir durante un temporal que una gran ola caiga sobre la cubierta con su peso de varias toneladas y hunda la puerta de la carlinga o que sucesivas oleadas desquicien el borde de la abertura.

Entonces la bodega embarca agua, y si, ya abierta la vía, penetran tres o cuatro grandes olas sucesivas, éstas comprometen la estabilidad del barco, el cual se inclina hacia una banda, lo que es, a menudo, el principio de un fin próximo.

Ocurre a los navíos durante una gran tempestad, lo que a menudo sucede a los enfermos. Una enfermedad leve o apenas peligrosa, al debilitar el organismo, abre el camino a complicaciones graves y apenas se afronta el nuevo mal, aparece otro. Lo mismo ocurre a bordo durante un temporal. Una vez producido el primer siniestro, es decir, cuando el barco empieza a ladearse las demás averías se suceden implacablemente sin dar tiempo a conjeturar por qué; desplazamientos de cargas, desperfectos del timón, etc.

A los profanos puede parecer caso difícil y casi excepcional que en una tempestad las olas caigan sobre la cubierta de la nave; pero en realidad el caso es común hasta para los barcos más grandes. Supongamos que uno de éstos tenga mar grueso de proa. Por su peso y por su mole no logrará levantarse a cada oleada que sobrevenga; además su velocidad sumada a la del oleaje que encuentra, hace más temibles los efectos de éste.

Los "golpes de mar" caen entonces sobre el castillo de proa, recorren la nave en toda su longitud y embisten, derriban, destrozan, barren todo lo que encuentran en su camino. Imagínese el efecto de estas avalanchas de agua, que pesan varias toneladas, y que a veces caen a cada minuto sobre la cubierta durante días enteros.

Es por eso que durante los temporales un barco no sigue por lo común su marcha con el mar de proa, sino que capea el temporal, es decir, se limita a quedarse en el punto en que se encuentra, con las máquinas en movimiento.

Pero con capear no se elimina el peligro y además el gasto de carbón y el esfuerzo de las máquinas es tal que el barco corre el riesgo de agotar sus provisiones de combustible, antes de llegar a puerto.

Por lo tanto, si crece la violencia del temporal los barcos se ven obligados a huirle, es decir, a abandonar la ruta que tenían para correr en la dirección del oleaje. En esta forma el efecto del oleaje que viene de popa es atenuado por la fuga del barco que con ella consigue alzarse.

Cuando tiene el mar grueso de lado, lo que determina el balanceo, surge, y grave, el peligro de una falla o de un rumbo o vía de agua, aunque ésta se halle en la obra muerta (la parte del barco que emerge de las aguas).

Basta, pensar en los efectos de una marejada violenta en una playa, donde las olas derriban escolleras y hasta murallones, para comprender el efecto del oleaje que se abate en toda la longitud de la pared de un barco. El golpe continuo y tremendo de las aguas en el flanco del barco, consigue a veces hacer saltar una plancha del casco, con la consiguiente abertura de una vía de agua, más arriba de los compartimentos de flotación.

Si se quiere tener una idea de la violencia de los huracanes en alta mar, basta consultar la tabla meteorológica relativa a los vientos. La definición de "huracán" corresponde a un viento que tiene una velocidad de ciento ocho kilómetros por hora, o sea treinta metros por segundo, y que ejerce una presión de ciento veintidós kilogramos sobre un metro cuadrado. A la tempestad corresponde un viento de ciento treinta kilómetros por hora y una presión de ciento setenta y seis kilogramos por metro cuadrado; y, por fin, al ciclón, un viento que parte de un mínimo de ciento sesenta y dos kilómetros por hora, es decir, cuarenta y cinco metros por segundo, lo que importa una presión de dos quintales y setenta y siete kilos por metro cuadrado. Calcúlese en toneladas esta presión del viento solamente sobre los mil metros cuadrados que representa el costado de un gran barco.

A veces no es la violencia del huracán sino su duración lo que pone al barco en grave peligro. En los tres meses de verano, el Océano Indico se manifiesta furiosamente agitado, a consecuencia del monzón, viento que en esa estación sopla sin interrupción del sur. Los barcos que procedentes del Mar Rojo se dirigen hacia Colombo, o viceversa, llegan a puerto con grandes averías: el oleaje les ha arrancado hasta el último bote de salvamento y cuanta obra había en la cubierta, que ha sido barrida constantemente por las aguas.

PARA LA GENTE DE CAMPO

Cochinilla de San José
(Aspidiotus perniciosus comst.)

La "Cochinilla de San José" es la plaga más seria de cuantas atacan a las plantas. Su fecundidad enorme, la facilidad con que se propaga, las dificultades para combatirla, la innumerable variedad de plantas huéspedes, hacen que su destrucción sea un problema de la mayor importancia económica.

La "Cochinilla de San José" ataca a toda la parte aérea de la planta: tronco, ramas y tallo y en algunos casos su intensidad es tal, que llega a atacar las hojas y los frutos. Se alimenta de la savia que extrae de los tallos, ramas, etc. Al principio detiene el desarrollo de la planta, pero con el aumento de los insectos, produce primero la muerte de los tallos, luego de las ramas y por fin mata la planta. Además de la extracción de la savia por la cochinilla, la perforación de la corteza por los tubos de su órgano chupador, produce un estado irregular y enfermizo en los tejidos, especialmente en el duraznero y la ciruela japonesa.

El arboricultor, para reconocer la planta atacada por esta plaga, observará un aspecto general de debilitamiento de ella, la que presentará secas las ramas jóvenes, y las que han sufrido el ataque por algún tiempo tendrán en sus troncos y ramas una cubierta con depósitos costrosos de un color ceniciento, ofreciendo asimismo las hojas un aspecto manchado y enfermo.

La "Cochinilla de San José" pasa el invierno en un estado de semi-desarrollo, fijada a la corteza de la planta huésped por medio de su órgano bucal. En este estado aparece bajo la forma de pequeños folículos cenicientos, oscuros o negros.

Con la llegada de la primavera y el ascenso de la savia en las ramas, comienzan las actividades de los insectos. Completan su desarrollo y pronto salen los machos adultos y luego las larvas.

Las hembras producen, como término medio durante un período de seis semanas, alrededor de 400 larvas, o sea 9 a 10 individuos cada 24 horas. Las larvas jóvenes o crías quedan activas por unas cuantas horas, siendo el máximum 27 ½. Su forma es ovalada y su tamaño muy pequeño, poseen patas, ojos y antenas, pero no tienen folículo.

Generalmente la emigración de las larvas jóvenes es en la dirección de la nueva vegetación. Tan pronto como la larva joven encuentra un sitio conveniente se establece fijándose al lugar por medio de su órgano chupador, cuyas largas cerdas penetran la corteza y succionan la savia para alimentarse. El desarrollo del folículo comienza aún antes de que la larva se haya fijado, y se notan como filamentos de cera muy pequeños que salen por todo el cuerpo, haciéndose cada vez más espesos y entretejiéndose lentamente para formar un folículo blanco, circular, con una depresión alrededor de una elevación central o "tetilla". Poco a poco, éste va oscureciéndose hasta que en pocos días llega a un color gris oscuro o negro, con uno o más círculos claros.

Al mismo tiempo el insecto debajo del folículo degenera, perdiendo sus patas, antenas y ojos, llegando al estado de una pequeña mácula sedienta de materia viva. En doce días más o menos, este insecto efectúa su primera muda y el folículo viejo llega a ser el centro del nuevo que es el más grande.

Ocho o diez días después de la primera muda, los machos se transforman en crisálida o pupa y en 12 a 14 días más, o sea 34 ó 36 días después de su nacimiento, salen los machos adultos, retrocediendo por la parte posterior del folículo, en forma de una pequeña mosca con dos alas finísimas. Fecunda a la hembra sedentaria y muere.

La hembra llega a su completo desarrollo y produce crías en 33 ó 40 días después de nacer. Cada hembra puede producir como término medio 200 machos y 200 hembras, y como el ciclo de la vida de este insecto es solamente 4 a 5 semanas, puede haber de 4 a 5 generaciones durante un año, variando el número de generaciones según la latitud.

Cuando se aproxima el tiempo frío, poco a poco van disminuyendo las actividades de los insectos, los que entran en un estado de reposo sea cualquiera el grado de su desarrollo.

No obstante, sólo pueden sobrevivir al invierno riguroso los individuos que no han sufrido la primera muda. Estos son los pequeños folículos negruzcos que se encuentran en mayor cantidad sobre las ramas más pequeñas, las que por lo tanto merecen preferente atención durante la pulverización para esta plaga.

Algunas de las hembras adultas sobreviven al invierno, pero sólo producen un pequeño porcentaje de los folículos nuevos. Generalmente un invierno riguroso destruye muy pocos de los individuos que han llegado a la cuarta parte de su desarrollo.

MEDIOS DE DESTRUCCIÓN

El sulfuro de calcio, por ser eficaz, económico y de pronta preparación, es el mejor producto químico para combatir esta plaga, empleándolo en forma de pulverizaciones, según la fórmula que a continuación se indica:

Cal viva (de primera calidad), 10 kilos; azufre en polvo o flor de azufre, 20 kilos; agua dulce, 100 litros.

Preparación

1. Antes de todo es necesario disponer de dos recipientes cuya capacidad sea de 120 litros por lo menos, uno de los cuales servirá para efectuar la combinación y el otro como depósito de agua hirviendo.

2. Apagar la cal lentamente con agua hirviendo (20 a 40 litros) agregando al mismo tiempo los 20 kilos de azufre, revolviendo continuamente la mezcla, agregando agua suficiente para mantener siempre la mezcla al estado de una pasta cremosa.

3. Cuando la cal está apagada, se agrega agua hirviendo hasta completar el volumen de 100 litros.

4. Se hace hervir esta mezcla enérgicamente por espacio de una hora, por lo menos, revolviendo siempre, sobre todo durante el primer hervor, y agregando agua hirviendo de vez en cuando con el objeto de mantener el volumen de 100 litros, que disminuye por la evaporación.

5. Después de una hora de ebullición de la mezcla, se la retira del fuego y se hace pasar por un tamiz cuyas mallas sean de 1 a 2 milímetros a otro recipiente.

6. Esta preparación es concentrada, y antes de usarse deberá ser diluída, agregándose a cada litro de solución 5 litros de agua fría.

Advertencias

La cal viva debe ser de la mejor calidad.

Deberá emplearse azufre en polvo lo más fino posible.

Tanto los recipientes que se usen para la preparación como los aparatos pulverizadores, *no deben ser de cobre.*

La precipitación de la mezcla no tiene valor alguno como insecticida y debe tratarse de eliminarla tanto como sea posible.

Los recipientes deben estar en sitio protegido del viento para asegurar un calor constante durante la ebullición.

La solución tomará un color vinoso, no quedando vestigio alguno de la coloración amarilla del azufre.

El sulfuro de calcio es mejor cuando se usa el mismo día de la preparación, pero se puede conservar bien siempre que los recipientes que lo contengan estén herméticamente cerrados.

Antes de tratar los árboles con el aparato pulverizador, es conveniente podarlos bien, quitando las ramas secas o muy atacadas a fin de reducir la superficie a tratarse. Es muy importante destruir por medio del fuego el producto de la poda lo más pronto posible, a fin de evitar la difusión de la plaga. Asimismo se debe arrancar y destruir todo árbol muerto o muy seco.

Para su mayor eficacia las pulverizaciones se efectuarán en días secos, de mucho sol y muy serenos. El líquido debe secarse perfectamente sobre las ramas a fin de adherirse bien, y teniendo esto en cuenta es fácil comprender la ineficacia de las pulverizaciones efectuadas antes o después de una lluvia cuando las ramas están mojadas. No solamente las ramas y púas de un árbol, sino todo él, deberá ser empapado con el insecticida. Esto es de la mayor importancia. Muchas veces la falta de las pulverizaciones es debido a una mal entendida economía de líquido.

Para pulverizar bien un árbol es preciso empezar de la cima hacia abajo, pulverizando ambos lados del árbol. Si sopla viento se debe pulverizar solamente el lado opuesto a la dirección del mismo tratando el otro lado cuando haya cambiado o calmado aquél.

Si hay muchos árboles para tratar es conveniente untarse la cara y las manos con vaselina o grasa. El sulfuro de calcio es cáustico y dañino al cutis.

La pulverización invernal es la que da mejores resultados, porque entonces puede ser aplicado el remedio suficientemente fuerte para la destrucción de los insectos sin que haga daño al árbol, mientras que en el verano no puede ser aplicado en forma suficientemente fuerte sin que queme y destruya el follaje, pudiendo también matar a la planta.

La mejor época para la aplicación del sulfuro de calcio es a principio de la primavera, un poco antes de que comiencen a hincharse las yemas, esto es, antes de que se abran las hojas. En esta época los insectos tienen menos resistencia. A mediados del invierno los insectos pueden estar helados y el remedio no los destruye, y cuando las yemas ya comienzan a hincharse, las cochinillas vuelven a alimentarse y son más resistentes al insecticida. Cuando el árbol está muy atacado por esta plaga, se deberá efectuar una pulverización en los últimos días del otoño, después de la caída de las hojas, sin perjuicio de aplicar la pulverización primaveral recomendada en todos los casos.

Trigo

Al inaugurar, recientemente, el titular de agricultura, la Exposición Rural del Rosario, dijo entre otras cosas:

"La exportación de trigo de Estados Unidos ha sido de 6.400.000 toneladas en 1922.

"Se hace ahora allí una intensa campaña para reducir los cultivos de este cereal, a fin de levantar los precios, pues dado los costos americanos de producción, no les rinde, según las cotizaciones actuales. Si esta propaganda lograra reducir en un treinta por ciento, los Estados Unidos dejarán de ser exportable; si sólo les faltara un quince por ciento por esa razón o dificultades de cosecha, su exportación quedará reducida a la mitad."

La Associated Press ha publicado en cablegrama reciente, lo siguiente, fechado en Wáshington:

"Una investigación realizada por el Departamento de Agricultura sobre 25.000 granjas ha demostrado la reducción en un 15,5 por ciento, o sea, 1.177.000 acres en la superficie sembrada de trigo de invierno, para la próxima cosecha, comparado con 39.200.000 acres el año pasado."

Para terminar, recordaremos dos cifras: la total de la exportación argentina de trigo en 1922, que fué de 3.900.000 toneladas. La reducción de 15,5 por ciento en Estados Unidos, equivale a 3.300.000 toneladas, de menos en la cantidad de trigo exportable.

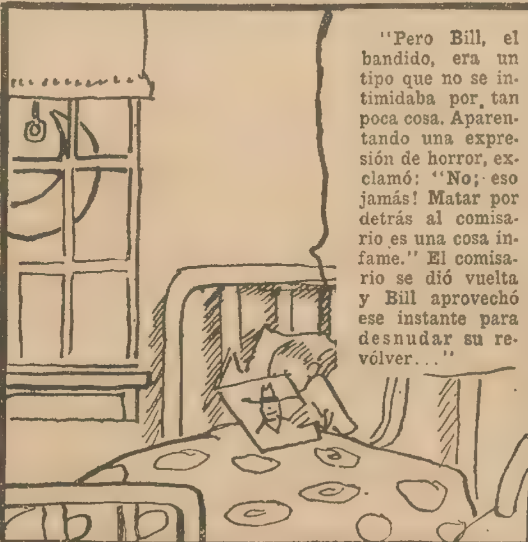
PÁGINA INFANTIL. — Aventuras de Pipirí













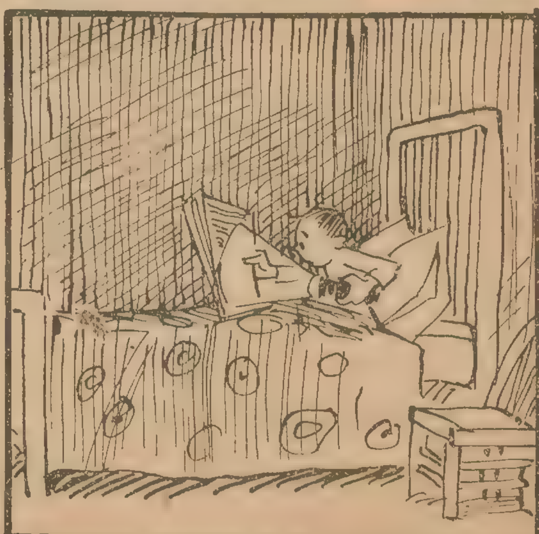












LA POSESIÓN DE LA MUERTE

por Erlinda R. VADELA

Irma y Josué trabajaban en el mismo negocio, pero se veían pocas veces. Ella era empleada de mostrador y él, de fábrica, y el día en que sus miradas se cruzaron aquel mostrador y aquella fábrica, parecían decir, en su orden y compostura, que el amor había entrado.

Se conocieron gracias a una clienta caprichosa y pendenciera. Su pendencia había sido el "medium" para que se comunicaran aquellos dos corazones.

Cuando Irma fué a la fábrica, haciendo balancear entre sus manos dos zapatos de gamuza, Josué la recorrió con la vista y la halló bonita y la sintió buena.

Atendió el reclamo y luego le dijo:

—Vaya, que eres bonita, chica.

Resuelto el inconveniente, Irma se marchó, haciendo oídos sordos a aquellas palabras y Josué la siguió mirando, hasta perderla de vista.

No sabía su nombre, ni salía a la misma hora que ella para poderla hallar, pero la esperanza, que siempre alienta, le aconsejó que aguardara.

Pasó mucho tiempo antes que Josué se encontrara de nuevo con Irma y le declarase su amor.

Ella, que también había gustado de él, aceptó sus galanteos.

Josué era pobre como Irma, pero tenía un alma de oro. Su madre era viuda y ciega y él, con su humilde trabajo, mantenía a la familia, y ayudaba en sus quehaceres a la pobre viejecita.

Irma gozaba de las miradas cariñosas de sus padres, y era buena, muy buena, todo lo buena que una mujer puede ser cuando tiene a sus padres que la aconsejan y la miman.

La declaración de Josué, cayó en el corazón de la joven produciendo una melodía que embargaba su espíritu. Irma sintió hondamente sus palabras de amor.

Después de aquella conversación de alma a alma, se encontraron varias veces.

—Irma, soy muy pobre ahora; y mi familia necesita de mí. ¿Cómo hacer para casarnos, para que puedas vivir conmigo, alegrar nuestra casa con tus cantos, adornar las mesas con tus labores? Si don Natalio me aumenta el sueldo, nos casaremos pronto.

Don Natalio, genovés usurero, nunca se decidía por ese lado, ni se acordaba de que ya hacía diez años que Josué trabajaba en su casa ganando sólo ciento veinte pesos.

Mes a mes, Josué esperaba su aumento. Cuando recibía el sueldo y empezaba a contarlo, le parecía que el paquete era más abultado que el anterior; pero cuando terminaba, se convencía de que eran ciento veinte pesos y nada más.

Irma, por su parte, sin que Josué lo supiera, había empezado a reunir pajitas para el nido: ahorraba cinco pesos mensuales, que sus padres le regalaban.

Más de una vez Josué estuvo a punto de hacer recordar a don Natalio sus años de trabajo, pero cuando se encontraba con él y le oía hablar de su hijo enfermo, y de sus gastos de operación, y de sus disgustos, se olvidaba de que él era muy pobre, y conversando de cualquier otro asunto, lo dejaba ir.

Una vez empezó:

—Don Natalio, ¡quién iba a decir! Yo que era un chiquilín cuando vine aquí, y ahora ya soy un hombre casi serio, aspirando a formar hogar.

—Mira, no piense nunca en casarse. La muquere de hoy día no hacen má que batirse la patilla, y pintarrquearse lo cachete y mirar a todo meno a su marido.

Cuatro años pasaron y las tentativas de Josué resultaban siempre infructuosas. La vida, cada vez más cara, se hacía imposible.

La madre de Josué era muy viejecita y como además de la edad llevaba consigo los achaques de una larga vida de privaciones, su cuerpo debilitado no pudo resistir la crisis.

Una mañana, en la mañana del día de su santo, Josué había comprado veinte centavos de dalias rojas, para adornar la mesa a la que él y su madrecita se sentarían a saborear un pocillo de chocolate. El lo había preparado haciendo hervir en medio litro de agua dos pancitos de chocolate. Estaba bastante desabrido, pero para el paladar de una viejecita que se acaba y de un joven enamorado, todo sabe a miel.

Como dos criaturas golosas, la madre y el hijo saborearon aquel chocolate. Luego Josué se fué, como de costumbre a su trabajo.

De regreso de su trabajo, entró a su habitación, silbando el Miserere.

Sobre la mesa estaban las dos tazas vacías, aún sin lavar; las cabezas de las dalias se inclinaban mirándolas.

Josué llamó a su madre, pero ella no respondió. Se agrandaron sus ojos escudriñando la pieza. Allí tendida en el suelo, cerca de la cama estaba su madre. Se acercó. Volvió a llamarla.

La sacudió; el cuerpo inanimado de la viejecita se movía a sus sacudidas, como un muñeco de aserrín. El alma no estaba ya.

Josué lloró acerbamente. En vano fué su llanto. Su dolor estaba más adentro y no podía diluirse en lágrimas.

Cesó de llorar. Al fin, la muerte era necesaria para la vida. Vivir eternamente sería sufrir eternamente. Para que el dolor sea pasajero es necesario morir. El dolor es como una vida engendrada en la vida. Para que aquel muera, ha de morir la madre. La madre—Vida siempre trae en su seno al Hijo—Dolor; por eso son inseparables...

Había que enterrar a la viejecita. Josué contó su desgracia a don Natalio y éste le adelantó medio sueldo para los gastos.

En un humilde cajón de pino encerraron su enjuto cuerpo. Seis flores medio marchitas, recostaron sus cabezas soñolientas, sobre el liso ataúd: eran las seis dalias rojas que Josué había llevado en el día de su santo.

—¡Adiós, madre mía! ¡Adiós para siempre!, y el primer puñado de tierra cayó sobre el cajón de pino, sepultando también una lágrima ardiente.

Con el tiempo llegó la conformidad. Las cosas imposibles tienen el poder de no obsesionarnos. Si alguna vez hemos perseguido algo es porque en el fondo pudo haber sido posible.

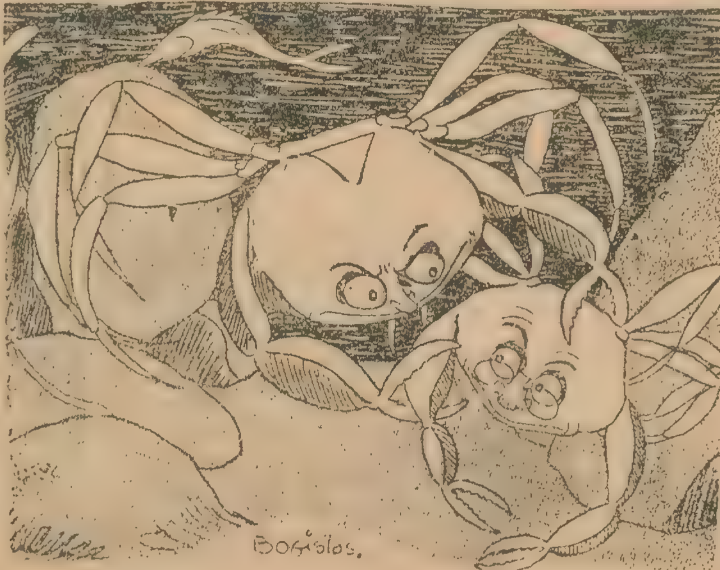
Irma fué para Josué como una madrecita; su amor, su inefable amor tenía el poder de colorear de rosa, la negrura de su soledad.

—Irma, hace ya seis años que nos conocemos. Seis años que ansío que seas mía, toda mía. Desde aquella vez que te dije que eras bonita, hasta hoy, mi amor ha acrecentado. Se han unido al amor de novia, el de hermana y el de madre. ¡Cuándo te diré mi esposa?, ¿cuándo, la madre de mis hijos? Seis años...

Hoy mismo hablaré con don Natalio y le diré que pienso casarme contigo.

Ese mismo día habló a don Natalio y éste a pesar de su decepción de la vida matrimonial y de su egoísmo, comprendió la situación de Josué, a quien apreciaba como a un hijo y resolvió aumentar su salario.

CANGREJERIAS



—¡Pedazo de sinvergüenza! ¡Que te vuelva a pillar pellizcando a los bañistas!

Josué ganaría ciento ochenta pesos.

El salto era, en verdad, grande. Pero Josué no demostró mucha sorpresa. ¡Tanto hacía que esperaba aumento, que ahora dividiendo esos sesenta pesos en los años de espera, no eran tales sesenta, sino diez.

Irma recibió la noticia y su alegría no tuvo límites. Al día siguiente festejó el acontecimiento entrando furtivamente a la pieza de Josué y colocando en un vaso un ramillete de rosas. En la próxima primavera se casarían. Ya lo había dicho Josué. Empezaron los ahorros grandes. Cuando llegó la primavera, Josué había reunido mil pesos. Este era el séptimo año. Irma contó sus ahorros: tenía cuatrocientos veinte pesos. Sus padres habían prometido ayudarla y la ayudaron. Y en el séptimo año de aquel noviazgo Josué e Irma recibían la bendición del cura en la sacristía de la iglesia parroquial.

Don Natalio y el dueño de la casa en que él vivía fueron testigos, y los padres de ella fueron padrino y madrina, de aquella humilde boda, donde faltaban las joyas y los encajes, pero resplandecía la filigrana de las almas de oro.

A los seis meses de casados don Natalio les dió una sorpresa. Había abierto una sucursal de su negocio en Villa Devoto y pensaba mandar a este matrimonio novel para que la atendiera.

Besándola efusivamente, Josué contó a Irma la proposición de don Natalio y ambos vieron tan cerca la felicidad, que por largo rato no hablaron, temiendo que sus palabras la ahuyentaran.

—¿Es posible, Josué? ¿Crees que lo hará?

—Sí, querida, sí. ¿No ves que está chocho con nosotros, que para nosotros no tiene egoísmo? ¿Sabes que quiere ser padrino de nuestro primer hijo?

En el mes de mayo el joven matrimonio se transladaba a Villa Devoto para hacerse cargo del negocio. Dentro de pocos meses Irma sería madre y el aire puro de las localidades poco pobladas, le serviría de tónico.

Irma y Josué eran esposos felices.

La duda que todo lo ensombrece con sus alas negras, no había revoloteado sobre sus cabezas. Su mutua confianza proporcionaba, el mutuo respeto que se tenían. Eran buenos, y honrados de corazón, por eso vivían la vida mansa de los serenos, de los equilibrados psíquicos.

El estado de Irma, cada vez más delicado, hizo necesario el internado en un hospital.

Como Josué tenía noticias de las condiciones inmejorables de la Maternidad del hospital Rivadavia, resolvió traerla a la ciudad, e internarla en dicho establecimiento.

Allí vivió Irma entre desconocidas, y Josué iba todas las mañanas, antes de abrir el negocio, a darle los buenos días, y a llevarle golosinas para curar sus antojos.

¡Con qué amor hacía ese viaje! ¡Pronto sería padre! Y la emoción le hacía reir y llorar. Al sexto día de su permanencia en el hospital, Irma entregaba al mundo una hija, y a la muerte su cuerpo que se sacudía con bruscos escalofríos, y se consumía a la llama de intensa fiebre. A la mañana siguiente Josué, fué, como de costumbre a ver a su esposa. Antes de llegar a la sala, alguien le dijo que la niña había nacido, y se creyó el más feliz de los hombres. Apresuró el paso para verla más pronto, pero al llegar a la sala, no se animó a entrar. La cama número 10 estaba vacía. ¿Por qué? ¿Qué se había hecho de Irma? Una enfermera traía un bulto en sus brazos.

—¿Es usted el marido de la de la cama 10?

Aquí está la niña. Es preciosa y muy sanita. ¿La va a llevar usted? La madre... ha pasado el día, muy mal... Esta madrugada... ha muerto. ¿Quiere usted verla?... Por aquí señor...

Josué siguió como un autómata.

—Aquí, señor.

En una camilla yacía el cuerpo de Irma cubierto por una sábana. Josué descubrió la cara.

Sí, era ella. Su Irma, su adorada Irma. ¿Era posible? Cuando la felicidad se acercaba a él, la muerte se la quitaba.

—¡Irma! ¡Irma mía!

Sus labios aún sonreían y conservaban calor. Josué la besó frenéticamente.

—¡Irma! ¡Irma mía!

Irma era solo materia. Lo que la había hecho sonreir, lo que había dado movilidad y sensibilidad a su ser había volado de ella. El flúido misterioso había desaparecido.

Josué sintió una punzada en su cerebro.

Volvió a cubrir la cara de la muerta y mirando con la vista extraviada a la enfermera que le tendía la hija, lanzó una carcajada que resonó en el anfiteatro como risa macabra.

—¿Que está muerta, que ya no es más mía? Ja-ja-ja...

Tomó la criatura entre sus brazos y la estrujó inconscientemente.

La pequeñita lanzó un gritito y Josué tuvo un instante de lucidez. Era la hija Irma y de él. Era su hija y él la había querido y la había esperado con ansiedad. Lloró su soledad, y sus lágrimas, al caer sobre la hijita, le hicieron recordar que aún tenía algo que le pertenecía.

Se llamaría Irma, y tal vez fuera buena, como su madre.

Volvió a reirse como loco y cruzando los jardines a pasos largos, llegó a la calle.

En el tren que se dirigía a Villa Devoto viajó ese día un loco con cabello encanecido y la mirada extraviada. Contra su pecho estrujaba un bulto del cual salían débiles quejidos.

Era Josué y la pequeña Irma. Nadie pudo quitársela de los brazos. Nadie. Era parte de su Irma, de su adorada Irma y nadie la tocaría.

—¡Mía!—sollozó el loco—¡Mía, sí, infames! ¿Acaso pensáis que os la voy a dar? No. ¡Es mía!... Es mi Irma que vuelve a ser niña para que yo la cuide en su orfandad.

—¡Mía!—volvió a gritar mirando con los ojos inyectados de sangre a los que le rodeaban.—De su garganta salieron sonidos extraños y resonó en el vagón, una carcajada estentórea, interminable, brutal...

—¡Ja... Ja... Ja...!... Y el cuerpecito delicado de su Irma, sin que él lo advirtiese, crujía entre sus manos, como un vaso de cristal.

¡Ja, ja, ja!... ¡Mía!... ¡Mía!

Y del bulto que apretaba salió el último quejido.

Era la voz de la muerte, que también decía "¡Mía!"...

TUCUMÁN

En el álbum de la espiritual tucumana,
señorita Carmen Lelia Riba.

Fué una noche de amòres. Dios, queriendo
su antiquísima obra contemplar,
dejó su trono azul, y descendiendo,
como un sueño nos vino a visitar.
Descansaba un momento donde el clima
era más perfumado y seductor...
cuando al ver de este mundo la cruel cima
lloró de desencanto y de dolor.
¡Sólo aquel rinconcito conservaba
el primitivo edén, idealidades;
lo demás, día a día se truncaba
al golpe moledor de las edades!
Sólo en aquel lugar tenía Natura
el génesis divino de su idea;
sólo allí selva y flor y criatura
guardaban su magnífica presea.
Y diz que las campiñas y los montes
al Gran Genio le oyeron platicar:
—¡Tucumán! ¡Yo te elijo! Hay horizontes
de bendición y luz en tu solar!
Porque al tiempo insolente no le dejas
oscurecer tu encanto de Stambul;
porque mi bello espíritu reflejas
como un pedazo de mi reino azul...
porque todo germina aquí en tu seno
y en cada azahar en flor tu gracia crece;
porque en el noble altar de tu terreno
la idea de la patria se engrandece...
porque sólo tú guardas la semblanza
el primer paraíso que yo crie...
será en ti cada fronda una esperanza,
la preferida de mi amor te haré!
Culminarán mis cielos sus colores
sobre el boscaje de tus lindos huertos,
y te darán mis pájaros cantores
la nota magistral de sus conciertos!
El que venga a admirar tus peregrinas
bellezas, hallará goces extraños...
¡que "El Vergel de las tierras Argentinas"
te llamará un Sarmiento tras los años!
Yo he de hacer con mis líricos quereres,
desde tu mismo centro hasta el confín,
que florezca la faz de tus mujeres
con la cándida gloria del jazmín!
Y he de hacer que se colme tu grandeza,
que seas la ciudad de la ilusión,
y el templo del amor y la belleza
donde debe triunfar el corazón!

Así dijo y volvióse a sus dominios
como una sombra alada que ascendía.
(Preludiaban los hondos conticinios
la clara insinuación de un nuevo día).
Ha muchos años ya de lo ocurrido.
Desde aquella profética mañana,
el celeste dictado se ha cumplido
en tu admirable tierra tucumana.

Mario Martínez Del Río

EL TEATRO — CRÍTICA - GLOSAS - HUMORISMO -

"¡CRIOLLO VIEJO!", de García Velloso y Cairo, se estrenó en el MAIPO con buen éxito

El señor García Velloso tiene fama de ser un autor hábil. Generalmente se denominan autores hábiles a aquellos que tienen facilidad para mover en escena los muñecos del tinglado, es decir, que saben combinar las entradas y salidas de los personajes así como la duración de los diálogos, en forma ponderada y buena medida. Esta cualidad afecta exclusivamente a lo que podríamos llamar la dinámica escénica o movimiento de personajes. Ello tiene indudablemente cierta importancia, puesto que constituye algo así como un oficio dentro del arte. Todas las obras que ha escrito el señor García Velloso tienen esa cualidad como denominador común. Pero en la que ha escrito últimamente en colaboración con el señor Cairo ha sobrepasado esa condición. Pero antes que nada permítasenos una pequeña digresión para apuntar, por lo que valiere, la tendencia africanista que viene demostrando en estos tiempos el señor García Velloso, quien por una parte se va a visitar el frente español en Marruecos y por otra se asocia a una firma de fuertes evocaciones egipcias. ¡Quién sabe qué desventuras resultarán de ello para el teatro nacional!

Volviendo a "¡Criollo viejo!", repetimos que ha sido superada notablemente la conocida habilidad del señor García Velloso, pues ha escrito una pieza en cuatro cuadros, cada uno de los cuales constituye por sí una obra completa. Pero lo curioso no es esto sólo, lo extraordinario, lo fantástico, es que también se pueden combinar los cuadros entre sí, en cualquier número y forma, para constituir una cantidad de obras completas cuyo número no nos permiten precisar ahora nuestros escasos conocimientos matemáticos. En efecto, si el primer cuadro es una obrita completa, también resulta otra obrita completa con el primero y el segundo o el primero y el tercero o el primero y el cuarto o el segundo y el primero o el tercero y el segundo o el primero, el cuarto, el segundo y el tercero y hasta el tercero y dos veces el primero, etc., etc., porque son infinitas las combinaciones que pueden hacerse con esta obra milagrosa que siempre resulta la misma y siempre distinta, como las mujeres de Don Juan. Esta maravillosa condición la hace adaptable a todos los escenarios y permite que el público se retire cuando guste y que en caso de premura se suprima un acto o dos o tres y pico, porque siempre queda una obra completa, tan completa por lo menos como el original en cuatro cuadros.

Esa cualidad propia de las revistas exclusivamente y aun en ellas en forma relativa, puesto que el prólogo o introducción lo tienen que acoplar al principio y la apoteosis al fin, el señor García Velloso la ha acomodado a las comedias dramáticas (porque hay que advertir que "¡Criollo viejo!" parece enteramente una comedia dramática! y con ello aporta un evidente progreso al funambulismo teatral.

Con esta pieza reapareció en el Maipo la compañía Morganti-Gutiérrez, reorganizada. El conjunto que ahora nos presenta es bastante y eficaz, que se desempeñó acertadamente.

El público aplaude a Casaux en "AL PAN, PAN Y AL VINO, VINO", de Rodríguez Acasuso, estrenada en el VICTORIA

El sábado 1.º del corriente, entre 10 y 12.30 de la noche, el cronista sintió por momentos el desconcierto que debe preceder a la locura. Mientras veía el desarrollo de la obra miraba de cuando en cuando el programa y meditaba profundamente. A veces adoptaba esas posturas raras y extravagantes del que obliga a su memoria a hacer un supremo esfuerzo y repetía palabras confusas como en un desvarío. Y sin embargo el cronista no estaba ebrio ni sonámbulo, ni tenía ninguna perturbación mental. Pero es posible que el lector se explique el estado psicológico del cronista, contándole el argumento de la pieza. Se trata de un italiano enriquecido por el trabajo, que tiene un hijo abogado, el cual se casa con una chica de familia pobre pero de abolengo. La familia se dedica a sacarle plata al italiano invocando sus blasones y la necesidad de figurar en sociedad, en tanto que el italiano defiende su dinero con empeñoso tesón. Un día se produce la ruptura y luego, ante el anuncio de que la nuera va a tener un hijito, el viejo se ablanda y cede y todos quedan tan contentos.

Pues bien, el cronista lo ha visto esto en escenas nacionales, unas cuarenta y siete veces por lo menos y de ahí su confusión, porque el programa decía "estreno" y el cronista temía haberse confundido de teatro. Como se comprende, la situación para un cronista es terrible, porque llega a dudar hasta de sí mismo y de la realidad de todo lo que le rodea. Claro está que luego, meditando a solas comprendió que no había nada de extraordinario en el caso, pues la misma repetición del hecho revela que una obra puede parecerse a otras muchas sin ser la misma, como muchas gotas de agua que todas parecen ser una y sin embargo no es así, pues cada una de ellas es una gota distinta. Pero no perdonamos al señor Rodríguez Acasuso el susto que nos dió.

El señor Casaux desempeñó su papel con la maestría a que nos tiene acostumbrados. Se trata, por lo demás, de un tipo característico que él domina perfectamente, porque ya le han obligado a estudiarlo muchas veces, en lo que tienen de común, es decir, en la fonética, pues aparte de eso creó el actor un personaje nuevo y bien matizado que hizo las delicias del público. Los demás trabajaron bien.

Obtuvo buen éxito en el MARCONI la compañía Podestá-Ballerini con el estreno de "LA CAMPANA DE ALARMA", de Hennequin y Coolus, adaptada por Pérez Pacheco.

Verdaderamente graciosa y entretenida es esta pieza de los conocidos autores franceses, maestros del vodevil. Las costumbres de fácil y amable tolerancia y de desmedida afición al lujo y a las diversiones que caracterizan siempre a la agradable sociedad parisiense, tan grata en todo tiempo y para todo viajero curioso y tan rica en humorísticas aventuras galantes, están reflejadas con suma habilidad en las escenas de esta obra, que tiene la preciosa cualidad de ser intencionada sin ser picaresca. El público rió grandemente los numerosos aciertos de la pieza, especialmente aquellas escenas en que la comicidad de las situaciones provoca la hilaridad hasta de los dispépticos. Es grato hacer constar que todo el conjunto de Blanca Podestá se desempeñó con mucho tino, venciendo las muchas dificultades de una obra de este género.

SIN VARIANTE

El cartel del Argentino no cambia más que de fecha. Algo se dice por ahí de estrenos, pero ver para creer; porque este Parra no necesita obras para tener público. Se basta él solo y estamos seguros de que haría reir hasta leyendo al auditorio la tabla de Pitágoras.

ROMANTICISMO

Despertó interés y emoción en el público la pieza de Martínez Sierra "Los románticos", que está dando en el Liceo la compañía de José Gómez. Es una bohemia parisina y del siglo pasado, de modo que no hay nada que temer. Los románticos esos no eran como nuestros bohemios de ahora, hidrófobos en todos sentidos.

DE REMATE

Ha debido de producirse ya el estreno de la revista de Viergol y Contursi "Remate del Bataclán", en el Avenida. Con las curvas que allí se ven, será de contemplar la salida de la gente todas las noches. Imagínense. Saldrán todos locos de remate.

FRANCO-ESPAÑOLA

Tuvo buena acogida en la Comedia "Que no se entere Fernando", pieza adaptada del francés por Gutiérrez Roig y de los Ríos, que no hay que confundir con Entre Ríos, provincia argentina.

Es una adaptación que conserva sin duda la gracia del original y tiene algo más también... como el viejo cuplé de la Fornarina.

POR SI PEGA

Ha estrenado la Xirgu
en el San Martín "La extraña"
de Marquina y ha obtenido
mucha cosecha de palmas,
y es, como diría un chulo,
que está "muy propia" en "La extraña".

LA QUIROGA PASÓ A LA ÓPERA

No queremos decir que la popular actriz se dedicará al "bel canto" en adelante. Doña Camila está muy conforme con ser lo que es y el público también. Lo que ocurre es que las muchas jiras artísticas que ha realizado le han dado cierto espíritu movedizo, cierta inquietud indomeñable que se manifiesta en un afán ambulatorio irresistible. Es así que cuando la Quiroga no puede trasladarse de localidad, se traslada de escenario. Después de una temporadita en el Odeón acaba de pasar a la Ópera, en cuyo teatro sigue representando "La divisa punzó", de Groussac, con igual éxito.

ÚLTIMA SEMANA DE DE ROSAS

El inteligente actor del Mayo, después de hacer desfilar por el cartel la mayoría de las obras que hará en su próxima temporada en España, se despide en esta semana de nuestro público. De Rosas y los suyos parten rumbo a Montevideo, donde actuarán cerca de un mes en tanto preparan las "pilchas" para embarcar con destino al viejo mundo.

Como es sabido, en España De Rosas dará a conocer las obras más representativas del teatro regionalista nuestro y todo hace pensar que el público español sabrá reconocer las singulares aptitudes artísticas del popular actor, como también de su esposa, la señora Matilde Rivera, y del escogido conjunto que les acompaña, entre los que hay figuras dignas del prestigio de que gozan entre nosotros.

Saludamos a los embajadores de nuestro teatro y hacemos votos por su buena fortuna.

"MARGOT" SIGUE FAVORITA

La pieza pochadesca del novel autor doctor Fernández, que en la primera cotización tuvo muchos boletos, continúa poblando las ventanillas del Nacional y ha de resultar favorita en la segunda y al cerrarse la carrera. La debutante seduce al público por sus "líneas" graciosas y la desenvoltura de sus movimientos, siendo muy probable que gane la carrera de género chico.

LA MELATO

La inteligente actriz italiana ha confirmado en las últimas obras la ductilidad de su temperamento y sus grandes dotes artísticas. No obstante estar invadido Buenos Aires de compañías italianas y de fulgurar ese astro artístico que se llama Zacconi, el público acude en buen número a la sala donde actúa la Melato.

ENSALADA REVISTERIL

El éxito de madame Rasimi y de Volterra, ha movido a los autores criollos señores Benard y Cayol a adaptar algunas revistas que fueron grandes éxitos en el Casino de París, resultando de esa adaptación, arreglo y otras menudencias, una buena ensalada teatral que Muiño y Alippi han estrenado en el Buenos Aires con el título de "¡Chau, París!...". Bien escogidos los cuadros y presentados con discreción, el público sancionó con su aplauso la buena aceptación de la revista, que ha de perdurar en el cartel.

POR EL APOLO

A estas horas el público ha de haber conocido "El tío Falín", pieza de Berruti y Weisbach, cuyo estreno se ha venido difiriendo por el éxito sostenido de "La bolilla que faltaba", graciosa comedia de Díaz Olazábal. De ese tío informaremos cómo las gasta en otro número.

EPITALÁMICA

"El casamiento de Chichilo", "El casamiento de Chichilo" y siempre el casamiento por el Smart. La palabra, que es tan grata a las chicas, resulta también a los chicos, que llenan la sala de Simari y Franco para ver el trance nupcial del pintoresco italiano hijo espiritual de Mario Folco. ¡Mariano, que te inmortalizas!...

El conjunto continúa ensayando "La bomba", de Goicoechea y Cordone, que al estallar después de tanto ensayo no ha de dejar títere con cabeza.

"DONDE EL DIABLO PERDIÓ EL PONCHO" FUÉ APLAUDIDO

Alberto Novión es conocido como hábil hombre de teatro y en la nueva pieza que estrenó en el Porteño se revela una vez más. Generalmente, en el teatro triunfa más el "metier" que el talento creador. Ocurre en la escena como con ciertas labores de industria en las que la habilidad del fabricante no hace pensar, dada la presentación del objeto o producto, en la inferior materia prima de que está formado. Un carpintero pícaro construye con mísero pino una silla, la pinta bien y la silla parece de roble... Lo mismo sucede con las piezas del señor Novión. Valen intrínsecamente poco, pero tienen apariencias de cosa buena.

"Donde el diablo perdió el poncho" es un dramita comprimido, demasiado comprimido. Se diría que el autor, por no saber qué decir, apresuró el desenlace que así resulta precipitado, aunque teatralmente eficaz. Los tipos están apenas esbozados, como no puede ser de otro modo dada la rapidez de la acción.

La obrita gustó y autor e intérpretes fueron aplaudidos.

CASINO

Los números de varietés que actúan en esta sala y sobre todo el campeonato de lucha greco-romana, atraen numeroso público.

GRAND SPLENDID

Con salas pobladas de familias distinguidas se realizaron las funciones en este bello cine en la semana anterior. Para la que empieza puede descontarse un éxito igual, teniendo en vista el atrayente programa de novedades cinematográficas que se ha preparado, entre las que hay algunas cintas que son esperadas con gran interés.

PAPEL Y TINTA

"Las naves azules y otros poemas", por el señor Eduardo María de Ocampo.

Cuando nos concretamos a leer un libro de autor joven, falto de personalidad, nuestro espíritu parece prepararse para recoger una impresión poco agradable, pues la juventud siempre inexperta e impulsiva es madre de errores y de imperfecciones. Esto mismo he pensado al empezar a leer este libro de poesías del señor Ocampo, poeta joven, amante de la belleza, pero, a medida que me iba dejando llevar en sus "Naves Azules", donde su alma inquieta ha navegado, empecé por notar que sus poemas tenían mucha emoción y sus versos rebosaban de una suave armonía.

No diré que el libro de que me ocupo sea definitivo, que marque una personalidad ya diseñada; como en toda obra encierra sus pequeñas imperfecciones, pero, no obstante esto está concebida por un alma de poeta, que, con el estudio, con la perfección encontrará el verdadero trono de los elegidos.

En esta obra hay belleza y color; los argumentos son originales y el señor Ocampo, sin remontarse a un realismo crudo ni a extravagantes formas, ha unido a la musicalidad la emoción.

Tiene este volumen composiciones que son dignas de mencionarse, como "Viejo portón", emotiva y bella; "Cansancio" y "Reproche", sonantes y armoniosas.

F. B. V.

"Meditaciones en Roma".

El distinguido literato argentino, doctor Lucas Ayarragaray, acaba de dar a circulación su última obra titulada "Meditaciones en Roma", donde en un centenar de bien escritas y substanciosas páginas, nos ofrece el autor una serie de interesantes estudios, surgidos ante la contemplación de las ruinas de la antigua Roma y empapados en esa honda emoción que nos invade, cuando el espíritu se halla frente a los vestigios de las grandezas pasadas.

El talentoso autor de "La iglesia en América y la dominación española", ha agregado a su fecunda labor intelectual otra valiosa producción que significa un nuevo éxito literario, pues como a tal puede considerarse "Meditaciones en Roma".

Las leyendas de las campanas

De todas las campanas famosas, ninguna merece su fama tanto como la de Velilla, villa aragonesa en España que en otro tiempo formaba parte de la baronía de Quinto. Otras campanas son célebres por su tamaño, por su valor o por la distancia a que se oye su tañido; la de Velilla lo es porque tañe sola, o mejor dicho tañía, porque ya hace siglos que nadie ha visto repetirse el prodigio.

Tan notable campana, perteneciente a la iglesia o ermita de San Nicolás, dícese que en otro tiempo repicaba por sí sola siempre que iba a ocurrir alguna desgracia o desventura, lo que hizo que se le llamase "campana del Milagro". Más bien debieron llamarla de los milagros, puesto que el que indicado queda no era el único; la tradición supone que esta campana llegó de allende los mares, navegando sobre el Ebro, y en la mencionada iglesia hay un antiquísimo retablo en el que se ve la campana pintada en compañía de barcos, siendo objeto de la devoción de una porción de figuras arrodilladas, todas ellas en traje godo, lo que hace suponer que la campana existía ya en tiempo inmemorial. Además, el badajo, en vez de moverse como lo hacen los de todas las campanas, repica en cruz, primero a oriente, a poniente después, luego al norte y por último al mediodía, señalando así los cuatro puntos cardinales del mundo.

Casi innumerables son las veces que un suceso infausto para los españoles, o cuando menos para los aragoneses, ha sido anunciado por la famosa campana. La última vez que sonó, parece que fué el 28 de marzo de 1667, aunque no falta quien afirma que ha vuelto a repicar en el siglo XVIII y hasta en el XIX. No hay que decir cuántas y cuáles habrán sido las extraordinarias hipótesis con que se ha querido explicar el prodigio; atribúyenlo unos a hechicería, otros a haber sido fundida la campana bajo la influencia de alguna constelación particular, éstos a que en su fundición pudo entrar una de las monedas en que Judas vendió a su Maestro; aquéllos, en fin, a ensalmo producido por el siguiente verso en ella grabado y atribuído a la Sibila de Cumas: "Christus Rex venit in pace, et Deus homo factus est". Verdad es que no falta tampoco quien crea que, por lo menos algunas veces, la prodigiosa campana ha repicado de orden superior, obedeciendo a cualquier designio político.

El reverso de la célebre campana de Velilla lo tenemos en la de Saint-Gall, fundida por el monje Tancho para Carlomagno. La campana de Saint-Gall no tañía jamás, y su silencio no tenía más objeto que castigar una grave falta del fundidor. Tancho, no pudiendo resistir a la tentación, había hecho una campana magnífica, pero la plata que debía entrar en su composición se la había guardado bonitamente, sustituyéndola por vulgarísimo estaño. Colgada la campana de su campanario, el sacristán, el campanero, los chantres y hasta los soldados de la guardia del emperador hicieron vanos esfuerzos para repicar: la campana permanecía muda. Por último, el monje fundidor, temblando de espanto, se acerca y tira a su vez de la cuerda; el badajo, desprendiéndose por sí solo, cae y le aplasta en castigo de su crimen.

La campana de Nuestra Señora de París, tiene también su leyenda; aunque no la tuviese, la extravagante figura del campanero Cuasimodo bastaría para hacerla célebre. Todo el mundo sabe que desde el miércoles santo hasta el sábado de gloria, las campanas de las iglesias dejan de sonar en señal de duelo y son sustituídas por el estridente chirrido de las carracas. En muchas partes, creen las gentes sencillas que durante estos días se van las campanas a Roma, y en las orillas del Rin, los niños creen seriamente que hacen ese viaje para beber leche y comer miel en la ciudad Santa. La campana de Nuestra Señora va, naturalmente, dirigiendo en tan largo viaje a las demás campanas de Francia.

En otra iglesia de Nuestra Señora, en la de Aquisgrán, hay una campana de la que se cuenta que al marcharse a Roma se lleva un trapo que los niños la arrojan al paso, y que le sirve como de vela en su navegación por los aires. El domingo de Pascua por la mañana, la campana reaparece envuelta en un paño nuevo.

¿Ha oído alguna vez el lector hablar de las campanas de Ems? El diablo, a quien molesta todo lo que huele a iglesia, se cansó una vez de oirlas repicar y las arrojó, las ahogó, como dice el vulgo, en el pantano de Wahrendorf. Cuando se pasa junto a la laguna, no hay más que echar en ella una moneda y se oirá en el fondo el lejano repique de las campanas ahogadas que suenan agradecidas.

Los bretones del Armor aseguran que en el fondo del mar se oyen sonar las campanas de la ciudad de Ys, ciudad legendaria que en época desconocida se tragaron las olas. No se sabe ni siquiera en qué punto del abismo se encuentra la ciudad; acaso viaja bajo las olas como los restos de un náufago arrastrado por las corrientes. De un modo análogo, en las vacilantes costas de Holanda, donde la historia y la tradición citan tantas ciudades y aun provincias enteras sumergidas, los marinos aseguran que en tiempo de calma se ve a través del agua transparente los campanarios de las iglesis, y que los domingos se oye perfectamente el repique de sus campanas.

Cerca de un pueblo de Alemania, junto al camino, encuentra el viajero una campana; he aquí cómo se explica el vulgo su presencia en aquel sitio: Una joven, que había servido de madrina a la campana el día que se la colgó en el campanario, fué a la iglesia para casarse. A la salida, hizo por broma señal de que bajase a su ahijada de bronce, que allá en lo alto de la torre repicaba a más y mejor. La campana obedeció; desprendida del campanario cayó sobre el coche, y fué imposible sacarla de él hasta después de recorrer una gran distancia; cuando al fin se logró apearla, la dejaron al lado del camino, y allí sigue todavía. Desde entonces, es costumbre que todas las novias que pasan junto a ella le hagan una cortés reverencia.

Recordemos, en fin, entre las campanas legendarias, a la Saufang, la campana más antigua del mundo, que se conserva en el Museo de Colonia. Su nombre significa "hallada por una cerda", porque se dice que una marrana la desenterró el año 613 entre las iglesias de San Pedro y Santa Cecilia.

Es una campana pequeña, apenas de medio metro de altura, y a no ser por su tamaño parecería más bien un cencerro de vaca.

Bolívar, galante

En Lima, la capital del Perú, se daba un baile para obsequiar al general Sucre y su oficialidad; Bolívar se encontraba en el Puerto del Callao tratando sobre asuntos de la Independencia de Cuba, con una comisión de patriotas que habían venido de la Isla únicamente con aquel objeto; luego que trataron y se cruzaron ideas, supo el libertador que esa noche se daba un baile en la capital y se presentó en el salón cuando menos lo pensaron, sin ceremonias de ninguna especie; el doctor Zerpa, dueño de la casa donde se daba el baile, cuando advirtió la presencia del libertador, se acercó a él y le cedió la pareja con quien bailaba, sin que mediara ninguna presentación; la señorita cedida fué una españolita, Aurora Pardo, hija del director de negocios internacionales de la Corte de Fernando VII, don Agustín Pardo.—Bolívar le dijo algo a la señorita y ésta contestó:

Yo soy española, por supuesto, partidaria de la corona, realista; y aunque el baile es para obsequiar un jefe de la rebelión, con tal de no bailar con Bolívar no tendré escrúpulo de hacerlo con sus subalternos.

Bolívar se sonrió ligeramente y dijo:

—Señorita: yo me encontraba en el Callao y supe allí que en este baile se hallaba una española y volé aquí y aquí estoy para bailar solo con usted; un servidor de la Independencia, será siempre más grande y más patriota, si recuerda en sus amarguras, que ha mecido y que ha tenido entre sus brazos toda la gracia y la belleza española.

—¿Quién es usted?—preguntó Aurora, satisfecha y agradecida.

—Simón Bolívar, para servir y obedecer a sus caprichos... Aurora.

La señorita sufrió un ligero estremecimiento y maquinalmente trató de retirar su brazo de Bolívar, quien suavemente lo retuvo oprimiéndolo contra su pecho; Aurora fijó en el libertador sus ojos grandes y bellísimos entre sorprendidos y angustiados, que se encontraron con los de Bolívar; como dos saetas pero con una dulzura infinita. Aurora bajó sus grandes ojos y dijo entre dientes.

—¡Viva España! pero si tu eres el libertador, ¡viva la gloria!

COLABORACIÓN ESPONTÁNEA

Canción de la montañesa

Los bosques retornan a la primavera,
las castas glicinas se vuelven a abrir,
y yo en éste triunfo de vida prolífica,
vencida de penas me siento morir.

El sol nuevamente se muestra magnífico,
y extiende su manto de luz y calor,
y cantan las aguas sus sones pretéritos,
y vuelven las aves hablando de amor.

El cielo sonríe al prístino rayo,
y el mundo disipa su largo sopor,
circula la savia llamando a la fiesta,
a toda la flora con nuevo vigor.

Y yo solamente, el lirio del bosque,
la rubia zagala del triste pastor
que fuese muy lejos, me siento rodeada,
de tétricas sombras, de rudo dolor.

¿Do estás a estas horas, mi príncipe errante
que un día partiste diciendo al marchar:
cuando la fortuna me brinde su palma,
vendré a llevarte conmigo al altar?

Me acuerdo, era estío, brillaban las flores,
las reinas efímeras de un viaje del sol,
la brisa aromada de raros perfumes,
me dijo al oído: será triunfador.

Y un triste crepúsculo tomaste tu atillo;
por éste camino tu marcha empezó;
primero una sombra, después una línea,
mis ojos no vieron ya más... y acabó.

Tu lirio del bosque, la blonda zagala,
que ornaba en estío de flores su sién,
lloró tu partida, lloró su desdicha,
¡Oh, Dios cuánta pena! ¡y te ibas recién!...

Es larga la espera, ya viene adornada
de galas magníficas la bella estación,
pensar que tan sólo en frígido invierno,
estás tú, mi trémulo, mi buen corazón.

B. RODRIGUEZ GARCIA.

Agüita linda

Ha cesado la lluvia. Por el potrero corre
un airecito fresco
que ha robado el aroma de las mil florecillas
aprovechando el ruido que hacía el aguacero.

Los pajaritos juegan a derramar las perlas
que las nubes dejaron
en los garabatales, y ríen con sus trinos
cuando alguna en las alas se les queda brillando.

—Era bueno que llueva,—dice el paisano viejo.
—Dejuro que hacía falta,—sentencia el compañero.

Unos manchones rojos debajo los mistoles
es rubor de las frutas
que han bajado solitas saltando alegremente
porque estaban apenas sin caer de maduras.

Pintadas de oro viejo las nobles algarrobas
se han descolgado al suelo,
y las bravas ulúas están más coloradas
porque toda la tarde las ha besado el viento.

—Buen chaparrón ha caído,—dice el criollo vivo—
ahura ya no se pierde mi maíz y mi trigo.

Olor de yuyos húmedos y de tierra mojada
es incienso a la vida,
y la oración la dice la hurpilita en el bajo
mientras toca su flauta la inquieta charrasquita.

Cuánta dulzura al hombre le viene de los campos
cuando han bebido lluvia,
al hombre que se siente más amigo de todo
y quiere morder la vida cual si fuera una uva.

—Linda agüita, compadre,—dice el paisano alegre—
—Dejuro que ha'i ser linda...
—Vea que está contenta la cabritilla aquella.
—Yo la había de besar como si juera m'hija.

Gregorio GUZMAN SAAVEDRA.

La absolución

Nuestros dulces deliquios duraron lo que dura:
en la flor el perfume y en el alma el ensueño...
Todo pasa en la vida que es valle de amargura
mas, yo siento el orgullo de sentirme tu dueño.

Eres impenetrable cual si fuera la albura
de estas blancas cuartillas que en tu loa pergeño...
Soy un reo de muerte que en su gran desventura
ha mirado esfumarse su porvenir, risueño...

Ven. Aserta tu golpe con tu mano certera
pero permite al menos, permite que yo muera
bendiciendo el ensueño de mi ideal más caro...

No temas flor Perjura que vives ignorada
de dirigirme al menos la última mirada
pues yo, sin que lo sepas, en tu orfandad te amparo.

Paulino G. BAEZ.

EL HOMBRE DE PRINCIPIOS



El tipo del individuo que no da una limosna, porque dice:—No es por el dinero, ¡oh, no!, sino por el principio filosófico de no dar limosna!

Alma, divagas...

En una tarde otoñal y triste, Morfeo dispuso que te rindieses a sus encantos y tú obedeciste.

Fué mi lecho el que elegiste para reposar y fué mi almohada la que sintiera la presión de tu rostro, la caricia de tus sedosos cabellos en desorden. A ella trasmitiste el perfume de tu pelo, y el lienzo quedó impregnado de la grata esencia.

....

El hada de la Noche vistiendo negro manto, comenzó a reñar... Rozaron mi frente las alas del sueño, y cuando apoyé las sienes sobre la almohada, sentí mi alma estremecida, como débil tallo a impulsos del vendaval.

El perfume de tu blonda cabellera, aprisionado en mi almohada, había hecho revivir en mi mente, con su hondo poder evocativo, la íntima y suprema dicha que otrora albergara en silencio el corazón.

¡Me he confesado a ti! Te he revelado la lucha terrible que sostengo contra mi misma, al hablarte de algo ignorado, pero que sin duda es más fuerte, más poderoso que mi voluntad, porque me impulsa hacia ti, cuando debiera huir de tu presencia para no sentirme esclava de tu mirada, de tu sonrisa, de tu acento...

Sé que no debí decírtelo, que debí ocultarlo como un sagrado secreto en lo hondo de mis entrañas, pero no pude, porque la exteriorización de estos sentimientos era para mí como una imperiosa necesidad espiritual.

Sé, pues, benévolo con una voluntad vencida, y ten un gesto compasivo para los desdichados que no saben acallar en sus almas las pasiones imposibles...

Aida Esther SALVETTI.

¡Abandonado!

Dedicado a mis buenos compañeros y amigos, los inéditos.

En la mano nudosa de la mujer, el telegrama, con sus pocas palabras trazadas al desgaire, estaba ahora hecho una pelotilla. "Luis fallecido. Ven pronto". Habíalo recibido a eso de las siete; sí, tempranito: al dolor le corría prisa.

La mujer miró el papel, tratando de comprender bien el asunto. Luis, su esposo, acababa de morir. ¿Y tan pocas lágrimas? Bueno, como esperaba la noticia y como Luis había muerto así, lejos!... Por eso, permanecía ahora en actitud estúpida: sentada, gacha la cabeza y alargando, por hábito, el cuello al tragar la saliva, como si se esforzara al hacerlo.

Era flaca, huesosa; tenía ojos duros y boca grande, buena para sollozar. Y tan flacos como ella, cuatro chiquillos melenudos jugaban, sobre el lecho, a tirarse de sus camisones. Abreviemos: miseria, dolor, habitación pobre, y en un ángulo de ésta, un retrato del muerto y una sugestiva máquina de coser; bueno, ya sabéis la historia.

La enfermedad de Luis había sido larga. Como Buenos Aires apresuraba su agonía, en busca de mejor sol y de buen aire habíase ido a Balcarce, a casa de su hermano burgués, avaro y ensoberbecido. Después, una carta haciendo prever el lamentable desenlace...; días más tarde, el telegrama fatal.

Pensando todo esto, ella había dejado pasar las horas y ahora miraba inquietamente el reloj. Sabía que pronto tenía tren, sabía que era necesario partir, calculaba que debía apresurarse para llegar a tiempo. En Balcarce, alguien la esperaba. Pero ¿iría ela?

Al principio vagamente, como en sueños, tuvo la mujer un pensamiento que quiso en seguida rechazar, pero que no la abandonó. Fué una tentación terrible. ¡No ir! Y se pegaba fuertes palmadas en la frente y recriminábase a sí misma, y también—¿lo creéis?—deseaba que pasase el tiempo, para decir después con dolor: "¡Oh, ya no puedo ir!" Fué un miedo súbito. Pensó en todos los inconvenientes, en todas las molestias, en todos los perjuicios a que se exponía yendo. "Tengo que ir y pronto". ¿Y a quién dejaría los niños? La vecina... ¡Ir, para verlo muerto! ¡Ir allá, a casa del cuñado, que la odiaba y le echaría en cara la limosna, y no la ayudaría! ¡Y, más que todo, gastar en el pasaje tanto dinero, necesitándolo para pan! No iría. Nadie le diría nada. Podría afirmar que... "Soy perversa—pensó,—soy un demonio". Y gemía, vacilante.

En tanto, el pobre muerto esperaba.

....

Aquel conflicto era raro y había sido bien planteado por el destino. ¡No iba! ¿Y cómo? ¿Así que tenía derecho a escoger entre ir y no ir, como si se tratase de cualquiera? Desesperábase; pero ¡inútilmente!, porque muchas cosas pesaban a la vez sobre una voluntad débil.

....

¡No fué! ¡Él quedó allá, solo, abandonado! ¡Dios mío! Los sollozos de la mujer eran terribles. ¡Cuántas veces se habían besado sin saber que ella haría eso! Él, ¡pobrecillo!, en toda una larga vida de sacrificio no había logrado tener ni un amigo para aquella hora trágica. ¡Un féretro, cuatro cirios, y solo ante la eternidad, en la noche lejana de un pueblo perdido! ¡Ah, sí, ella habrá sido mala, pero iría después a adornarle de flores la tumba! Y mientras la desgraciada lloraba de dolor y de cansancio, él iba ya camino del cementerio.

Manuel Hilario QUINTANA.

Cía. Gral. de Fósforos, Tall. Gráficos P. Colón 1266, Buenos Aires



FOTOGRAFÍA ARTÍSTICA



"Por el delta del Paraná".



"Anochecer en el canal del Club Náutico de San Isidro".

Fots. Griensu.


Bagley
M.S.BAGLEY Y C.IA LDA
HESPERIDINA
M.S.BAGLEY & C.A L.DA
Es el aperitivo preferido por todos los que saben beber. Estimula el apetito y prepara el estómago para ingerir toda clase de alimentos. La
Hesperidina BAGLEY
es solicitada y deseada, no ya por los inapetentes, a los que les devuelve las ganas de comer, sino por todos aquellos que quieren conservar su salud en un estado perfecto de equilibrio y fortaleza. Una copita de
Hesperidina BAGLEY
antes de cada comida, es ideal para conservar un excelente estado de espíritu.